

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIACO

FUNERAL PARA UNA VIUDA

Ralph Barby



RALPH BARBY

Funeral para una viuda

Colección PUNTO ROJO nº 1136. Bruguera – feb/1984

CAPÍTULO PRIMERO

Admito que los ojos verdes de las hembras hermosas, al igual que los ojos chispeantes en oro de los gatos, siempre me han cautivado. Me veía reflejado en aquellos ojos como en un diminuto y maravilloso espejo, como si me hubiera introducido en ellos pasando al país de las maravillas como Alicia.

No sé si tú que ahora lees esta historia que ha caído en tus manos y que yo te cuento, te has dado cuenta de que el país de las maravillas sólo es un país de inquietud, de llanto y tortura psíquica. No, no temas, no te voy a dar una conferencia sobre psicopatología. No estoy loco, por lo menos así lo creo, aunque digan que los locos son los que niegan estarlo. Sin embargo, aquellos ojos de hembra enloquecían...

Mirándola a los ojos, tuve la impresión de que ella se reía de mí. Sí, se reía de mí, aunque el resto de su cara parecía de lo más inquieta y preocupada. Los ojos eran otra cosa, como el trasluz de lo más insondable de su mente.

—¿Me comprende? —preguntó.

Parpadeé como si su voz me llegara desde otro estadio, desde otra dimensión. Pensé que me estaba comportando como un adolescente idiotizado ante la primera mujer adulta y hermosa que se fija en él, que le sonríe y le provoca, que le dice con la mirada que el baile del sexo entre los dos puede ser de lo más gozoso. Pero, yo no era un adolescente.

Tengo algo más de treinta años y puedo prometer que he perdido la cuenta de las mujeres con las que me he acostado. Bueno, nada serio con la mayoría de ellas, tampoco es que fueran prostitutas, claro, y si lo fueron algunas de ellas, yo no lo sabía, quiero decir que con las mujeres que me había acostado hasta aquel día, había sido lo que ellas podían llamar «un servicio de relajó».

Sigue conmigo... Me llamo Jeff K. Reeves y soy abogado en ejercicio, abogado independiente, lo que quiere decir que en ocasiones las cosas me van bien y en otras, no tanto. No porque pierda los casos que se me encomiendan, sino porque todos los clientes a quienes defiendo no llegan a satisfacer los honorarios que cobro. Sería un mal nacido si dejara sin defender a un cliente, para que se buscara un abogado de oficio, por no poder pagar lo que pido por mis honorarios.

De este modo, los que más tienen pagan por los que no tienen y yo voy tirando. Algún compañero me ha dicho que así jamás me haré rico y no llegaré a tener avión propio ni automóvil deportivo de importación, pero... ¿y mi conciencia? Claro que algunos opinan que mi conciencia es una basura y que no soy otra cosa que un cínico de mierda. Si tú que te tragas esta historia pudieras verme, te darías cuenta de que ante tales opiniones suelo encogerme de hombros.

—A lo que íbamos...

—¿Qué le pasa? Parece distraído. ¿Ha dormido mal? —me preguntó la mujer de los grandes ojos verdes, ojos que hipnotizaban.

—No, no, sigue.

Saqué mi paquete de cigarrillos, le di un golpecito sobre el canto de la mano y dos pitillos asomaron como por arte de magia. Tendí el paquete hacia ella y tomó uno con delicadeza. Aquella enigmática mujer debía hacerlo todo con delicadeza. ¿Cómo sería una noche de cama con ella?

«Jeff, aterrizas, aterrizas», me dije.

No puedo decir que no hubiera visto mujeres más hermosas que aquella que tenía delante, al otro lado de mi mesa escritorio, pero ella tenía algo más.

—¿Cómo te llamas?

—Alicia —me dijo.

—Vaya, como la del país de las maravillas.

Sonrió y el chiste le debió parecer oído, tan oído que me sentí tonto. Carraspeé y le ofrecí la llama de un encendedor de esos que las casas comerciales te regalan para que lo pongas sobre una mesa y sirva de publicidad permanente porque lleva el nombre de la marca.

Encendí mi propio cigarrillo y el humo de los dos se mezcló en el aire camino del techo.

Los ojos de la mujer me parecieron entonces como ocultos tras un velo, un velo que era humo. Me fijé en su boca de labios carnosos y levemente húmedos, unos labios llenos de color que invitaban a sueños eróticos. ¿Estaba ella segura del poder de encantamiento que ejercía sobre los hombres? Sus cabellos oscuros, casi negros, tenían muchos reflejos, reflejos de cielo de noche de verano.

—Además de Alicia, ¿cómo te llamas?

—Por ahora, nada más.

—Lo siento; si he de encargarme de tu caso, debo saber más —objeté, echándome hacia atrás en mi butaca tratando de demostrarle seguridad en mí mismo, aunque hubiera deseado fundir la mesa que en la tienda de un anticuario me había costado doscientos dólares; tenía que impresionar a mis clientes.

La mesa no se fundió, continuó como una barrera-obstáculo entre ambos. Alicia replicó:

—Prefiero contarle primero mi historia, mi problema. Luego, si decide aceptar mi caso, no le ocultaré mi identidad.

En otra ocasión, aquella respuesta habría sido suficiente para pedirle que se fuera y me dejara con mis otros casos, pero siempre había que hacer alguna excepción. Yo no era una máquina y aquella soberbia mujer se merecía la excepción.

—¿Francesa?

—Nací y me educé en París, pero soy ciudadana americana —me clarificó con un acento que acariciaba mis tímpanos. Aquel acento tenía sensualidad—. ¿Podrá escuchar mi historia?

—Naturalmente, estamos solos. —Descolgué el teléfono—. Nadie nos va a interrumpir con una llamada y yo deseo escucharte.

—Estoy casada —me dijo, echando la espalda hacia atrás en su butaca, como relajando su cuerpo y llevando luego el cigarrillo a sus labios como para darse tiempo a ordenar sus pensamientos.

Siempre cabía la posibilidad del divorcio, pensé.

—Bueno, ahora soy viuda.

Aquello me gustó más y la invité a proseguir su relato con un gesto de la mano.

—Todos mis problemas comenzaron en Las Vegas. Estaba allí de ayudante de relaciones públicas. Vestía de rutilante color oro y tenía a mi disposición un pequeño mostradorcito a la entrada de una sala de máquinas tragaperras. Yo no cambiaba billetes por monedas ni transformaba tarjetas de crédito por aquellas monedas que tintineaban en las máquinas que silbaban y ululaban en distintos tonos cuando el jugador había acertado con un premio; yo atendía consultas a veces de lo más disparatado. Lo mismo me preguntaba dónde estaban los aseos (que por cierto, no estaban escondidos sino que tenían rótulos grandes y claros, pero allí había tantas luces de colores, tantos letreros, que la gente se confundía). Y cuando se metían en los retretes, allí, junto a la taza del sanitario, aún tenían otra máquina tragaperras para poder seguir jugando mientras evacuaban sus necesidades más perentorias. No había que desperdiciar una sola oportunidad de jugar...

Alicia hizo una pausa y chupó largamente de su cigarrillo.

Hubiera deseado ser humo para internarme en su pecho. Aguardé a que su garganta quedara libre y al fin, prosiguió:

—Al principio, aquel lugar me maravillaba, me sentía como la niña que llevan a un parque de atracciones fascinante, pero cuando pasas en el mismo sitio una noche tras otra, terminas viendo las manchas de las paredes por detrás de las luces de colores. Comencé a sentirme sola dentro de la multitud que cada noche era distinta. Debo precisar que vivía sola y no aceptaba los ligues.

»Cuando apareció Gregory ante mí, rápidamente me fijé en él. No era como la mayoría de los que se me acercaban, hombres y mujeres ya maduros, gentes que daban la impresión de que iban a llevarse todas las monedas de las máquinas y terminaban marchándose con algunas copas de más y los bolsillos vacíos, gentes de viajes chárter, gentes que llegaban en grupo, en buses organizados. Gregory era distinto. Alto, fuerte, joven, rubio...

—¿Era? —pregunté, interviniendo.

Sonrió con aire de circunstancias.

—Supongo que es.

—Bien, sigue. Lo puntualizaba por si estaba muerto.

—Gregory tenía maneras de muchacho muy educado pero triste, falto de amor. Me dijo que estudiaba Derecho en Harvard y que jugaba en el equipo de béisbol de la universidad.

El bombón apetecible para el prototipo de chica americana, me dije, algo molesto. Debo admitir que en aquella opinión que no llegué a expresar verbalmente, había algo de celos viscerales.

—Gregory parecía algo deprimido —prosiguió Alicia—. Se fijó en mí y después de salir juntos una semana, se transformó. Todo él era alegría y me pidió que me casara con él.

Iba a ser abogado y sus padres eran ricos en San Francisco, aunque me dijo que andaban peleados y no se podía hablar con ellos, que era mejor los hechos consumados, que luego me aceptarían como de la familia. Yo me sentí como si flotara. Gregory era guapo, alto, fuerte, atlético, inteligente, hijo de familia rica y cuidada. Su padre tenía negocios y podíamos formar una familia interesante. Se había acabado mi soledad, un futuro espléndido se abría ante mí. No tendría que volver a vestirme de oro para encantar y embaucar a los turistas para que perdieran su dinero en las máquinas tragaperras.

»Nos hicimos los análisis y al día siguiente, vino a buscarme en su coche. Yo estaba lista para dar el salto a la felicidad. Me regaló un anillo precioso, con un brillante. Me lo mostró y calculé que podía ser bastante valioso. Me llevó ante un juez de paz, allí había dos hombres que se prestaron a ser los testigos de la boda.

Preferí que no me contara lo que había sido su noche de bodas; era como ver un magnífico y atractivo pastel que se lo estaba comiendo otro.

—Aquella noche, sufrí una gran decepción con Gregory.

«Impotente», pensé de inmediato, alegrándome.

—No pudo consumir el acto matrimonial, ya me entiendes.

«Acerté», me dije, mientras la observaba cómo chupaba un cigarrillo que ya se le estaba consumiendo. Relajé algo mi tensión y ella continuó con el relato. Su historia, hasta aquel momento, me había parecido vulgar, pero ella, en sí misma, no era nada vulgar.

—Me contó que había precisado tranquilizar sus nervios y había estado tomando valium y que esto había sedado su sexualidad.

«Gregory trató de consolarme con besos y caricias. Yo me sentía frustrada, aunque traté de no demostrarlo. Le dije que le ayudaría a recuperarse y que no volviera a tomar ningún medicamento. Salimos de Las Vegas, recorrimos varias ciudades, pero casi siempre estábamos en la carretera, hasta que una noche entramos en el recinto de una magnífica mansión donde había acres y acres de pasto bien cuidado y una piscina climatizada que parecía de ciencia ficción.

»—¿De quién es esta mansión? —pregunté, intrigada,

»—Ya lo verás —respondió, lacónico.

»Dejó el coche frente a la entrada y un mayordomo nos abrió la puerta. No dijo nada al vernos. Gregory me cogió de la mano y me la apretó con fuerza.

«Entramos en una salita muy confortable donde unos troncos ardían en la chimenea. Una pared estaba repleta de libros y las butacas eran de piel de la mejor calidad.

»La puerta se cerró tras de nosotros y yo pregunté a Gregory con la mirada, pero él no respondió a mi inquietud. Por detrás de una butaca ascendía una columnita de humo y al adelantarnos vi al hombre que allí fumaba en pipa, un hombre de cabellos casi blancos y ancho bigote. Sus ojos estaban cansados, pero su mirada era insondable. Me dio miedo. Aquellos ojos me escrutaron de arriba abajo y luego, con una risa lenta, sarcástica, en tono de pregunta aunque sin esperar respuesta, dijo:

»—De modo que tú eres la zorra que se ha casado conmigo.

«Parpadeé incrédula, era como si me hubiera tomado una dosis doble de L.S.D. y mis oídos me estuvieran engañando. Aquello era como una alucinación.

»—Gregory, ¿qué dice este hombre?

»—Yo no me llamo Gregory —objetó mi marido.

»—¿Qué?

»—Me llamo Benjam.

»—Gregory Torino soy yo —puntualizó el hombre de la butaca que fumaba indolentemente en pipa, mirándome con un descaro que me causaba desconcierto y asombro por igual.

»—Gregory, explícate —exigí.

»—Te repito que no soy Gregory, mi nombre es Benjam.

»—Pero, ¿qué significa esto? —balbucí, poniéndome muy nerviosa.

»—Significa, querida, que te has casado conmigo —repitió el hombre de la pipa.

»—No es posible, no es posible —repliqué, retrocediendo asustada—. Yo me he casado con él, con él...

»El hombre de la mansión suspiró como si se dispusiera a explicarle algo a una niña de corto entendimiento.

»—En el registro del juez de paz consta mi nombre y mi firma. Si preguntas a los testigos, dirán que el que se casó contigo fui yo.

»—¡Gregory, dile que no es cierto, dile que no es cierto! —grité, cogiéndole por las solapas de la chaqueta.

«—Tranquilízate —me pidió el que decía llamarse Benjam—. No sales perdiendo, él es Gregory Torino, muy rico y poderoso. Sales ganando. ¿Es que no te das cuenta?

»—¡No, no quiero darme cuenta! —grité.

»—Pues tendrás que aceptarlo así —dijo Benjam.

»—¡Pues declararé nulo mi matrimonio! —grité. Me dirigí hacia la puerta, pero no pude abrirla, estaba cerrada con llave—, ¡Abran, abran!

»—Querida, es mejor que aceptes las cosas como son, sin histerias, de forma civilizada y razonable —me dijo Gregory Torino con forzada calma

»—¡No quiero, no quiero! —seguí gritando.

»—Ablándala un poco, Benjam, que sepa quién manda aquí —ordenó Gregory Torino.

»Benjam, el cortés, el elegante joven rubio, se me acercó con una mirada muy distinta a la que yo le conocía.

»—¡No, no me hagas nada, no, no...!

»Las manos de Benjam resultaron duras, pesadas. Me golpeó, no fueron bofetadas sino golpes. Grité de dolor y de miedo. Siguió golpeándome y me hizo caer. Comprendí que mi debilidad, mi ingenuidad, habían sido las culpables de mi caída, de mi derrota.

«Sollocé amargamente en el suelo, ya no sabía si por el dolor de los golpes recibidos o por la amarga verdad que acababa de descubrir.

»—¡Basta! —ordenó Gregory Torino.

»Perdí el sentido. Cuando desperté, estaba en una lujosa cama. Una mujer me servía un tazón de leche caliente. Me toqué el dolorido rostro y noté que tenía apósitos con esparadrapos.

»—¿Qué me pasa? —pregunté.

»—Se cayó por una escalera, señora, pronto se curará —me dijo aquella mujer dulcemente.

»Yo tomé la leche, quise ordenar mis pensamientos y no lo conseguí. Me dormí.

»Volví a despertar y a dormirme, todo era como una pesadilla. En ocasiones, veía el rostro de aquella mujer; en otras, la cara sarcástica de Gregory Torino. Una vez vi a Benjam y luego, a otros hombres.

«Carecía de fuerzas para levantarme y no sabía si soñaba o vivía una realidad. No entendía nada, me sentía inmersa en un caos. Me vi otra vez en Las Vegas, aconsejando a turistas incautos. Sí, mezclaba sueños y pesadillas con momentos en que despertaba. En unos instantes de lucidez, cuando acababa de despertar y no había nadie en mi alcoba, llegué a pensar que cada vez que me hacían tomar algo, me drogaban para que siguiera en la cama y así, pasaron días y días, yo no sabía cuántos, hasta que llegó un momento en que desperté más despejada que las veces anteriores.

»—¿Se encuentra mejor? —me preguntó sonriente la mujer que se había convertido en mi cuidadora.

»—¿Dónde está?

»—¿Quién, se refiere a su esposo?

»—Sí, ¿dónde está?

»—Ha salido, el señor viaja mucho.

»—Quiero, quiero telefonar.

»—Oh, sí, claro, ya telefonaré.

»En las mesitas no había teléfonos. Me incorporé con dificultad, pues me sentía muy débil y grité:

»—¡Quiero telefonar!

»—Sí, claro, mañana, cuando se sienta más recuperada.

»—¡Ahora! —grité desde la cama.

»—Mañana —repitió, paciente.

»Intenté levantarme, pero mi cuerpo estaba tan relajado que era incapaz de moverse. Era como si mis brazos y mis piernas pesaran muchísimo. La noche se me hizo larga y al día siguiente, me trajeron ropa para que me vistiera.

»Como si me hubieran pasado ya todos los efectos de las drogas, me sentía recuperada y tener mis ropas para vestirme me dio ánimos.

»—Desayune, señora, va a salir de viaje.

»—¿A dónde? —pregunté.

»—Vendrás conmigo —dijo Benjam, apareciendo en la puerta.

»—¿Contigo? ¡Chulo, chulo repugnante, reptil! —le insulté.

»Benjam no pareció sentirse herido, se mostraba muy seguro de sí mismo. Qué bien había representado la comedia de conquistador.

»—¿No quieres que te saque de aquí?

»—¡Sí!

»—Pues, cállate y no estropees las cosas.

»Pensé que gritando, perdiendo los nervios, lo único que conseguiría era recibir otra paliza y no me apetecía en absoluto. Desayuné en silencio.

»Benjam me esperaba con un magnífico Cadillac azul oscuro en la puerta. Me abrieron la portezuela posterior, como correspondía a la señora de la mansión, y el coche se puso en marcha.

»—¿Adonde me llevas?

»—Adonde te conviene —respondió, lacónico.

»Con las manos enguantadas, condujo hábilmente aquel magnífico coche. Salimos de la casa y rodamos por una carretera estrecha junto a los acantilados.

»Benjam detuvo el Cadillac y miró por el espejo retrovisor.

»—¿Qué pasa? —inquirí.

»—Hay que esperar —me dijo.

»—¿A quién?

»—Ya lo verás.

»Llegó otro coche, creo que era un modelo alemán, no estoy segura. Viajaban varios hombres dentro de él y vi a Gregory Torino entre ellos, me pareció asustado.

»—Benjam, ¿qué significa esto? —pregunté.

»Sacaron a Gregory Torino del coche.

«—¡Dejadme, dejadme! —gritaba.

»Uno de aquellos hombres blandió una porra y le golpeó en la cabeza. Gregory Torino, el que había dicho ser mi marido, perdió el sentido, pero no llegó a caer al suelo porque entre dos lo sostuvieron.

»Lo metieron en el Cadillac en el asiento, del conductor. Encendieron el motor, giraron algo el volante y volcaron su cuerpo inconsciente sobre él. Cerraron la portezuela. Yo me sentí angustiada, quería gritar pero no me atreví.

»Benjam y los otros individuos subieron al coche extranjero, a mí me dejaron fuera. Aquellos hombres pusieron en marcha el coche de importación hasta apoyar su parachoques delantero contra el parachoques posterior del Cadillac y comenzaron a empujarlo.

»Un guardarrail que allí había, cedió ante el empuje del Cadillac. El coche extranjero se detuvo y el Cadillac, con Gregory Torino dentro, se despeñó por el acantilado dando horribles tumbos. Abajo estaba el mar. Me llevé las manos a la boca y grité.

»El coche extranjero, con Benjam y los otros hombres, se alejó hasta perderse de vista. Corrí un poco hasta el borde del acantilado. Me sentí sola y comenzó a llover. No pasaba nadie por aquella maldita carretera. ¿Qué hacía yo allí, sola bajo la lluvia? ¿Era todo una alucinación?, me pregunté, hasta que vi un camión a lo lejos y empecé a hacerle señales desesperadamente. El chófer frenó y los neumáticos resbalaron ligeramente sobre el asfalto mojado.

CAPÍTULO II

Conducía mi automóvil rápido pero sin riesgos; no había que trasladar ningún herido al hospital.

La historia que me había contado Alicia era tan extraña como alucinante. Lo normal era no creérsela, pero aquella mujer, desde el primer instante que la vi, ejerció una poderosa atracción sobre mí.

Sus ojos me fascinaban y, no voy a engañar a nadie, aquel cuerpo que se insinuaba bajo las ropas, yo ya lo había desnudado mentalmente y me parecía estupendo.

Me dije que si en alguna ocasión llegaba a verla tal como la imaginaba, no iba a defraudarme.

La carretera era de tercer orden, una carretera que había perdido interés para automovilistas y camioneros desde que se pusiera en marcha la gran autopista que absorbía el tráfico.

El acantilado quedaba al otro lado de la calzada, podíamos ver el mar rizado, espumeante.

—Ya me dirás dónde —le dije.

Ella miraba con interés, buscando un punto de referencia, algo en sus recuerdos que le hiciera fijar el lugar del asesinato.

—Creo que es por aquí —dijo, nerviosa.

Frené.

—No, aquí no es...

Puse el coche de nuevo en marcha.

—Por aquí, por aquí...

Volví a frenar.

—¿Seguro que es aquí? —inquirí.

Ella abrió el coche y salió a la carretera. En aquellos momentos, pasó un furgón a gran velocidad y lo hizo tocando el claxon, pues estuvo a punto de atropellar a Alicia.

—¡Cuidado! —le grité.

Ella fue al otro lado de la carretera y anduvo junto al protector que estaba roto en varios puntos. Quitó las llaves del contacto y también descendí del coche. Palabra que deseaba que lo que ella contaba fuera cierto; no quería admitir que aquella preciosa mujer estuviera loca de remate.

La vi muy excitada. Me asomé al acantilado y escruté las rocas donde el mar golpeaba con sus olas, provocando crestas de espuma.

—No veo nada —dije, decepcionado.

—No está —admitió ella—, no está.

—¿Seguro que fue aquí? —pregunté, tratando de darle alguna oportunidad.

—Sí. Crees que estoy loca, ¿verdad?

—Pues...

—¡Eh, mira, mira!

—¿El qué?

—¡Una rueda, sí, es una rueda entre aquellas rocas!

—Sí —admití, viendo la roca muy lejos. Allí, el acantilado debería tener una altura de casi sesenta metros.

—Si eso es lo que ha quedado de un Cadillac último modelo, poca cosa es —opiné, rascándome el cogote.

—Seguro que es el coche.

—Es posible —admití.

En una caída desde semejante altura, podía desprenderse una rueda del vehículo o simplemente, ser la rueda de repuesto. En cuanto al coche, no podía haber desaparecido, me refiero a que no se lo podía haber tragado el mar, porque abajo las rocas se extendían en un par de docenas de metros.

—Bajar ahí es muy difícil. ¿Qué te parece si vamos a la mansión?

—No sé exactamente dónde está.

—Podemos buscarla ¿No te parece?

—Trataré de recordar —aceptó ella.

Regresamos a mi sedan azul metalizado y proseguimos viaje. Yo disminuía la velocidad cada vez que nos acercábamos a un cruce.

Hicimos muchos kilómetros. Puse gasolina en el depósito de mi vehículo y nos cayó la noche. Opté por invitarla a cenar y decirle:

—Creo que será mejor que nos quedemos en el motel. Mañana podemos reanudar la búsqueda.

Ella asintió con la cabeza y me dio la impresión de que se sentía como avergonzada. Al terminar de cenar, mirándome fijamente a los ojos, me preguntó:

—Me crees, ¿verdad?

—Sí, claro.

Pensé en ligármela pero me dije que si la acosaba entonces, era poco más o menos que un canalla y decidí esperar a mejor ocasión. Con gran sorpresa por parte del empleado del motel, dormimos en habitaciones separadas.

Me fumé cuatro cigarrillos tendido en la cama y pensando en Alicia. No reflexioné en que podía estar perdiendo mi tiempo. La imaginaba a ella, a aquella mujer que tanto había impactado en mi sensualidad mental. Al fin, me dormí.

Al día siguiente, mientras desayunábamos, ella me dijo:

—Gracias.

Comprendí que se refería a que la trataba con respeto.

Seguimos buscando con el coche y a media mañana, ella señaló excitada hacia parte de una mansión que asomaba entre unos árboles, a lo lejos.

—¡Allí, allí!

Nos acercamos con el coche hasta una verja que cerraba el muro. Estuvo observando, allí no había ningún rótulo con nombres.

—¿Seguro que es aquí? —insistí, mirándola antes de decidirme a llevar a cabo una acción que podía traerme problemas.

—Sí.

Comencé a tocar el claxon. Aparecieron dos doberman a ladrarme y tras ellos, un hombre vestido de oscuro. Alicia se apeó del coche. El vigilante, al verla, sujetó los perros y abrió la verja.

—La están esperando, señora.

Unas lucecitas se encendieron en mi cerebro. Alicia subió de nuevo al coche y yo hundí el acelerador. Por unos amplios jardines donde abundaban las zonas de cuidados pastos, llegamos al atrio de una magnífica mansión.

Allí había estacionados varios coches, uno era un patrullero policial.

—¿Qué opinas, Alicia, habrá problemas?

—No sé qué pensar.

Estacioné mi coche y descendí con ella. El hombre joven, alto, rubio y de buen aspecto, estaba allí. Al natural no me pareció tan maravilloso, aunque me llevaba dos pulgadas de altura y algunas libras de peso. Debía ser aficionado a algún tipo de lucha como boxeo o artes marciales.

—¿Dónde has estado? —inquirió Benjam entre dientes.

—No me toques —le replicó ella, rechazándole.

El tal Benjam debió pensar que ya que no podía con Alicia, se ocuparía de mí. Me observó y le preguntó a ella:

—Y éste, ¿quién es?

—Soy su abogado —respondí, presentándome.

Dentro de la casa había varios hombres, dos agentes de uniforme y otros detectives. Todos nos miraron al entrar. Uno de aquellos sujetos, muy seguro de sí, con la cabeza algo torcida con respecto al tronco del cuerpo, inquirió:

—¿Es usted la señora Torino?

Comprendí que allí iban a empezar las complicaciones. Benjam, ligeramente tras de nosotros, dijo:

—Naturalmente que es la señora Torino.

—Lo decía porque el fallecido tendría algo más de cincuenta años y es evidente que la señora es muy joven.

—¿Es un delito ser joven? —preguntó Alicia con arrogancia.

—No, claro. —El teniente de la policía suspiró como si tuviera dificultades para respirar—. Su esposo ha sufrido un accidente mortal, como ya sabrá.

—¿Dónde está?

—Le ley obliga a que se le haga la autopsia. Bueno, dispondrán de su cadáver de un momento a otro.

Un hombre bajo y fornido, que usaba gafas, intervino:

—Como ya sabe, soy O'Bryan, el administrador de la familia, me haré cargo de la organización del funeral. Se preparará todo aquí y desde aquí saldrá el entierro hacia el cementerio. Al señor Torino no le habría gustado que le incineraran.

—Ya —aceptó el teniente de la policía—. Claro que el accidente podría ser un asesinato y en ese caso... —Miró a un lado y a otro.

—¿Tiene fundamentos para sospechar tal cosa? —pregunté.

—Y usted, ¿qué pinta en este entierro, joven?

—Soy el abogado de la señora Torino.

—Vaya, vaya, está muy bien protegida por lo que veo. ¿Dónde tiene la división acorazada?

—No me gustan las bromas y menos en estas circunstancias —rechazó Alicia, muy digna.

—El juez, cuando tenga los datos de la autopsia y los informes periciales de mi departamento, decidirá sobre si ha sido accidente o hay posibilidades de que sea un asesinato. Nada más que haya indicios, se reabrirá la investigación. Por cierto, ¿dónde ha estado usted, señora Torino?

—¿He de responder? —replicó Alicia, alzando el mentón.

—¿Trata de inculpar a mi cliente? —pregunté al detective que me miró con malos ojos.

—Y usted, ¿tiene algún motivo para protegerla tanto?

—Mi misión es aconsejarla debidamente.

—Comprendo, pero sería mejor que me dijera donde se encontraba en el momento del accidente.

—No lo sé —respondió ella.

—¿No lo sabe? —repitió el teniente, mostrándose satisfecho ante aquella respuesta.

—Es que no sé cuándo se produjo el accidente.

—Ah, claro, la hora está por determinar.

—La señora Torino estuvo conmigo durante todo el día de ayer —puntalicé.

—¿Porqué causa? —inquirió el teniente.

—Lo siento, se trata de motivos profesionales y yo no puedo decir nada.

—¿Y usted, señora?

—Ya lo ha dicho mi abogado, estuve con él. Y ahora, la verdad, me siento muy mal.

No sé si se mareó realmente o hizo una representación magnífica; el caso es que la cogí entre mis brazos y pedí:

—Paso, paso. —Y la deposité en el sofá.

Una mujer gruesa y rubia, que supuse era la que había estado drogando a Alicia, apareció con una manta, cubriéndola para que no

se enfriara.

—Lamento haberla molestado —dijo el teniente.

La policía iba a sacar muy poco en limpio de aquella mansión. El teniente Sullivan no llevaba consigo ninguna orden del juez que le permitiera el registro de la casa y lo cierto es que se moría de ganas por registrarla, pues se suponía que Gregory Torino era una de las cúspides verdaderamente importantes del crimen organizado.

O'Bryan, el administrador irlandés, fornido y con cara de perro, se había convertido para la policía en una especie de obstáculo insalvable.

—Espero que la señora se recupere —deseó el teniente Sullivan.

—Nosotros nos encargaremos de ello —dijo Benjam—. Ahora, lo importante será el entierro; deseamos no ver a mucha policía en él.

—Oh, sí, claro, acudirán los amigos y las «familias» —dijo significativamente el oficial de la policía.

Me agradó que la policía se marchara, porque si seguían haciendo preguntas, Alicia iba a pasarlo mal.

—Tú también te puedes largar por dónde has venido —me dijo el tal Benjam.

Comencé a cabrearme. No sé si ésa es la expresión que corresponde, pero lo cierto es que el rubio Benjam podía caer muy bien a las mujeres, pero a mí me reventaba.

—Lo siento, seré yo quien decida el momento en que haya de esfumarme —repliqué.

—Será mejor que se marche —me aconsejó el bulldog irlandés.

—Me iré cuando me plazca —repetí—. Soy el abogado de la señora Torino y si ella es la viuda, debo suponer que será la heredera de todo, salvo que exista algún testamento en contra que yo deberé revisar atentamente puesto que soy su abogado —recalcqué de nuevo—. Debo cuidar de sus bienes.

Benjam y el irlandés O'Bryan intercambiaron una mirada de inteligencia.

—No, no quiero tomar nada —rechazó Alicia que acababa de despertar, o por lo menos, así lo hacía creer. Por lo que me había contado, tenía motivos para mostrarse recelosa y no querer tomar el brebaje que le ofrecía la matrona rubia.

Alicia se encaró con Benjam y semejó transformarse. Quizás se había dado cuenta de que si no mostraba sus uñas, se la iban a comer viva.

—¿Porqué lo hiciste, Benjam?

—¿El qué? —preguntó, haciéndose el tonto.

—Asesinasteis a Torino y me dejasteis sola en la carretera.

—No sé de qué hablas, pero si vas con esas tonterías a la policía, te puedes ver en un apuro.

—¿Ah, sí? ¡Los asesinos sois vosotros, vosotros, yo os vi cómo lo

despeñabais!

—Señorita, ¿o debo llamarla señora? —comenzó a decir el irlandés, con una sonrisa de sarcasmo, de estar de vuelta de todo.

—¿Qué?

—Usted, últimamente, ha tomado estimulantes, euforizantes.

—¿Ah, sí? Encima, ¿ahora soy drogadicta? —inquirió poniéndose en pie, chispeándole los ojos de cólera.

—¿Pueden demostrarlo? —pregunté por intervenir en favor de Alicia, más que nada para que ella perdiera la sensación de que estaba sola frente a aquellos tiburones.

O'Bryan se volvió hacia mí. Siempre sonriente, respondió:

—Naturalmente. El doctor que la ha atendido podrá atestiguarlo en cualquier tribunal.

—¡Eso no es cierto! —gritó Alicia.

Con la mano, le pedí calma. Pensé que el médico al que se referían podía jurar en falso sin ninguna dificultad. No sería el primero ni el último de los médicos que jurara en falso bajo la presión de una coacción o el estímulo de unos billetes.

Benjam se empeñó en puntualizar a Alicia:

—Eres una mujer inteligente y te darás cuenta de lo que significa que sepamos el nombre del camionero que te recogió y la matrícula de su vehículo. Imagínate que él declara a la policía sobre el lugar y la hora en que te vio por primera vez. El fiscal se frotaría las manos de satisfacción. ¿Te das cuenta?

Creí oportuno intervenir de nuevo.

—Si mi cliente declara que ustedes estaban allí para asesinar a su supuesto marido, tendrían complicaciones serias.

El irlandés O'Bryan carraspeó. Me pareció que estaba demasiado contento con aquella jugada; debía tener cuatro ases por lo menos y se burlaba como si yo dispusiera de un simple farol.

—Créame, todos tenemos sólidas coartadas. Por suerte para nosotros, conocemos a mucha gente que, además, pasa por honorable. Podríamos encontrar hasta a algún agente de policía que juraría haber estado con alguno de nosotros a esa hora y ese día. Entre ustedes y nosotros, sería una pelea desigual, créanme. Más les vale ser «buenos» y «obedientes».

—¿Qué es lo que se proponen? —inquirió Alicia—. ¿Quedarse con la herencia de Gregory Torino? Pues, al diablo con ella, yo no la quiero, no la quiero.

—No es tan fácil salirse del negocio cuando ya está en marcha, es como querer apearse de un Jumbo cuando vuela a treinta mil pies de altura, imposible. Además, el avión va presurizado. Este negocio también está cerrado y no puede haber fisuras.

—Señores, ¿cuándo es el entierro? —pregunté, haciéndome el

solemne.

—Mañana a las cinco —me puntualizó O'Bryan.

—Pues, muy bien, mañana a las cinco estaremos aquí. Mi cliente debe comprarse ropas de luto, no olviden que va a ser enterrado su amado esposo. Además, en estos momentos de dolor, prefiere no ser molestada. Vamos, Alicia.

—De aquí no sale nadie —dijo Benjam, interponiéndose entre nosotros y la salida.

Miré a O'Bryan y le dije:

—No sé si eres tú el que parte y reparte el pastel, pero será mejor que le digas a éste que no moleste más, podría agriárseme la leche y cuando eso sucede, suelo ser bastante duro de pelar.

O'Bryan si debía de mandar algo, porque hizo un gesto con la cara y fue suficiente para que el rubito Benjam se apartara. Cogí del brazo a la desconcertada viuda y la saqué de la casa.

La metí en mi coche y lo puse en marcha hacia la salida. No tuve que pedir que me abrieran la puerta, el vigilante dejó la verja de par en par y así salimos a la carretera.

—No quiero volver más aquí —dijo Alicia, a punto de estallar como una caldera sometida a sobrepresión y con la válvula de seguridad atascada.

Cuando me vi fuera de aquella mansión, sólo apta para millonarios en dólares y no en hematías como yo, suspiré.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó la mujer.

—Probablemente, nos seguirán.

—¿Tú crees?

Miré por el espejo retrovisor y no tardé en comprobar que no me había equivocado.

—Ahí están.

Alicia volvió su cabeza y los miró a través de la luneta posterior. El coche mantenía la distancia; era oscuro, parecía un Lincoln con demasiados litros de cubicaje de motor.

—Y ahora, ¿qué haremos?

—Viajar.

—Pero...

Se había puesto nerviosa y yo le pedí:

—Sujétate el cinturón.

—¿Qué harás para perderlos de vista?

—Nada.

Aquella respuesta debió parecerle alucinante por la forma en que abrió los ojos para mirarme.

—¿Nada?

—Sí, nada.

—Es que nos siguen...

—Si vuelvo a decirte «nada», parecerá que mantengamos un diálogo para besugos, ¿no te parece?

—Es que nos pueden dar alcance.

—Se limitan a mantener la distancia para no perdernos de vista, eso es todo.

—¿Y no te preocupa?

—Por ahora, no. Si nos quisieran eliminar, ya lo habrían hecho. Esto me huele a vendetta mafiosa de altos vuelos.

—No entiendo nada.

—Mira, Alicia, sin darte cuenta te has metido en la guarida de una manada de lobos. ¿Por qué? Todavía no lo sabemos. Te están utilizando, eso está claro, esa gente juega fuerte. Si deciden que tú y yo sobramos, nos pondrán unos zapatos de cemento, nos subirán a una lancha o a un helicóptero, se internarán en el mar y nos dejarán caer para que no volvamos a subir a flote jamás.

—Qué horror.

—Aunque ahora tratáramos de escapar, no lo conseguiríamos. Esa gente tiene contactos y si buscan a alguien, lo encuentran. Me huelo que hasta utilizan los ordenadores de la policía para sus propios fines.

—No es posible —rechazó, incrédula.

—Mujer, no quiero decir que vayan a la policía y les pidan por favor que les dejen utilizar su ordenador, eso no, pero... Si alguno de los agentes a cargo de los ordenadores admite el soborno, ya está solucionado el problema. A mí me encontrarían pronto. Como es lógico, pertenezco a la asociación de picapleitos; mi domicilio no es difícil de encontrar y mi despacho, menos; vamos, que me encontrarían en seguida.

—¿Y a mí?

—También darían contigo. Hoteles, moteles, pensiones, terminarían encontrándote.

—¿Qué vamos a hacer, entonces?

—Nos han metido en una partida donde se juega fuerte, es decir, te han embaucado para que te casaras con un hombre que sería convertido en cadáver al poco tiempo. Luego, tú has venido a verme y yo ya estoy metido también en el lio. Claro está que hubiera podido rechazar el caso al oler que la Mafia andaba en ello, cualquier picapleitos sensato lo habría rechazado, este caso es pura goma-2, tocarlo mal y hacer «¡boooooom!» es todo uno; pero si jugamos fuerte y manipulamos el explosivo con cuidado, podemos hacernos ricos.

—Nos matarán.

—Puede ser. Ya te he dicho que esta partida es para jugar fuerte y lamento tener que decirte que tú ya no puedes escapar de ella, eres la esposa del cadáver.

—Eso tampoco es cierto —rechazó—. Nunca me acosté con él.

—Es posible, pero según los papeles, eres su viuda. Por cierto, si te hago una pregunta, ¿vas a molestarte? Te advierto que te la hago como profesional del Derecho —le dije mientras conducía rápido pero sin dar muestras de querer escapar al seguimiento de que éramos objeto.

—Tú dirás.

—Alicia, ¿sigues insistiendo en que soy tu abogado?

—Claro. No me atrevo a hablar de esto con la policía

—Si lo hicieras ahora, esos tipos te convertirían en la asesina oficial de Gregory Torino; te condenarían a muerte y pasarías el resto de tu vida en una cárcel.

—Qué horror, yo no he hecho nada, alguien tiene que creerme.

—Yo te creo.

—¿Y qué puedes hacer para librarme de ellos? —señaló hacia atrás.

—Aún no lo sé, lo que si voy a especificarte es cuáles van a ser mis honorarios.

—Tú dirás. Apenas tengo unos dólares en mi cuenta corriente para pagarte.

—Sólo te cobraré la mitad de lo que ganes en este negocio.

—¿La mitad de este negocio, qué puedo ganar yo en él?

—No lo sé, pero no olvides que eres la viuda Torino y por herencia debe corresponderte algo.

—¿Y si no me corresponde nada?

—En ese caso, yo habré perdido en esta partida. Me gusta el riesgo, puedo perder y no ganar nada, o puedo ganar y obtener sabrosos beneficios, pero eso sí, lo quiero legal.

—¿El qué?

—Eso de la mitad. Tú y yo vamos al cincuenta por ciento y cuando lleguemos a mi casa, redactaré el documento oportuno.

—¿No te fías de mí?

—Oh, sí, claro que me fio. Lo de hacer un documento legal es deformación profesional; los abogados solemos pedir que todos los documentos y compromisos sean legales y queden firmados debidamente.

—No querrás hacerte rico a mi costa, ¿verdad?

—Y a la mía, encanto, a la mía. Es posible que tú, como personita, les intereses mucho a esos tipos, pero yo no debo interesarles nada. Pueden mirarme como a un problema y esta clase de problemas, ellos suelen resolverlos con la muerte. Quiero decir que a ti pueden dejarte viva y a mí, liquidarme. Obviamente, sin mis consejos serías más manejable para lo que ellos desean.

—Sí, claro, me drogarían otra vez.

—Exactamente. ¿Qué se proponen, adonde quieren llegar? Lo ignoramos. Quizás alguien muy listo se quiera quedar con la herencia

de Torino a través de ti.

—Yo se lo doy todo, no quiero saber nada —rechazó, mirando de nuevo hacia atrás, sin perder de vista el automóvil que a su vez no nos perdía de vista a nosotros, hasta tal punto que les ayudé un poco con las luces y tocando el claxon cuando tomé un desvío para que no se perdieran.

—Jeff...

—¿Sí? —respondí lacónico mientras adelantaba a un camión que debía ir vacío en su caja por la fuerte velocidad que llevaba.

—Eres un cínico.

—¿Tanto se me nota?

Alicia se relajó en el asiento, fue como si acabara de decidir que nadie iba a librarla de lo que tenía que ocurrirle. Si la habían convertido en la viuda Torino, seguiría adelante, hasta sólo Dios y Satanás sabían dónde.

CAPÍTULO III

Convencido de que había atrapado en mi anzuelo el negocio del siglo, o cuando menos, así lo creía yo, aunque ignoraba los riesgos, decidí hacerme cargo de las facturas de mi preciosa cliente la viuda Alicia Torino.

Recordé la novela de Ernest Hemingway *El viejo y el mar*, el también había salido a pescar algo grande y al fin había atrapado un gigantesco pez espada. Había luchado y vencido por tenacidad, valor y experiencia, pero luego habían aparecido los feroces tiburones que se le comieron el preciado botín, quedando el trabajo en nada.

Me dije que no debía pasarme lo mismo que al viejo Sebastián de la novela *Si él hubiera llevado consigo una pistola y mucha munición*, habría podido dar cumplida respuesta a los malditos tiburones.

Me compré un revólver Smith and Wesson especial equipado con cartuchos Magnum. No entendía demasiado de armas, bueno, algo sí, entre lo que me habían enseñado en el ejército más lo que había tenido que aprender de algunos clientes. No olvides, querido lector, que soy abogado.

Pedí que me la dejaran probar y me llevaron al sótano, al túnel de pruebas. Tras manipular el arma en vacío, la cargué. Me pusieron una silueta al fondo del túnel y disparé.

Tuve la impresión de que aquello no era una pistola sino un cañón. Al tercer disparo, agujereé el techo del túnel, de modo que opté por sujetar con la zurda mi mano derecha para que no se me escapara hacia arriba. De esta forma, hice sonreír de satisfacción al empleado de la armería, que vio cómo colocaba varios plomos de alta velocidad en la diana que era una silueta humana.

—Teniendo en cuenta su velocidad por segundo y su calibre, con este arma puede perforar varias puertas de un solo disparo.

—¿Y un tanque? —pregunté.

—Bueno, un tanque, no, pero si hubiera tres hombres, uno detrás de otro y no tocara hueso, es posible que los atravesara a los tres. Este tipo de arma puede frenar a un fugitivo.

—¿Cómo?

—Si dispara contra un coche que huye, seguro que lo perfora. Si no le da al delincuente, se mete en algún elemento importante del coche y lo detiene.

—De acuerdo, me la llevo —dijo, recordando que los de la Mafia, en su época dorada, utilizaban la metralleta «Thompson» a la que ellos, cariñosamente, llamaban la tartamuda.

Si tenía que vérmelas con ellos, debía llevar conmigo algo que fuera tan eficaz como contundente, porque estaba seguro de que si les pedía que razonáramos para llegar a un acuerdo, la única respuesta que

obtendría de ellos sería que me fuera al infierno y ellos me darían el billete adecuado en forma de plomo caliente.

En una novela policíaca había leído que los listos solían llevar dos pistolas; así, si les quitaban una, les quedaba otra que era mucho más pequeña y camuflable entre las ropas. Lo pensé dos veces por si tenía la desgracia de verme sorprendido y me arrebataban el arma, pero no me decidí a entrar de nuevo en la armería.

Alicia me esperaba en mi apartamento, descansaba. Yo le había dicho que no debía tener miedo porque la puerta era de alta seguridad.

La «familia» mafiosa del supuestamente accidentado no se atrevería a dar un paso en falso, la policía todavía andaba metida en el asunto. El cadáver estaba demasiado reciente. Cuando pasaran unos días del entierro, las cosas podían cambiar, el trato se endurecería por parte de ellos, pero mientras tanto, yo confiaba en que no cometerían ninguna torpeza. En esa clase de asuntos no eran novatos precisamente.

Preparé un café fuerte, huevos con jamón y un zumo de naranja que, palabra, no sé si era natural o sintético, sólo sé que lo saqué del interior de una caja de cartón y que a mí me sabía a medicamento. Yo no bebí.

—Ah —suspiró ella voluptuosamente. Miró la bandeja que le había preparado y sonrió como un ángel. Luego, preguntó—: ¿Siempre haces igual con todas?

—No, en este caso, la cliente eres tú —sonreí—. Es una broma yo no hago el amor con putas.

—Claro, claro, tú tienes encanto propio.

Alicia se bebió el zumo de naranja sin que yo dejara de mirarla.

—Está bueno.

—No tiene ningún mérito, lo he subido del supermercado.

—Serías un excelente marido, si tratas así a tu esposa, no se va a divorciar jamás de ti.

—Por el amor de una mujer se puede hacer cualquier cosa, hasta morir, lo dijo Shakespeare, no creo que con estas palabras, pero lo dijo en Romeo y Julieta.

—Eres un romántico, Jeff.

—Es para que olvides que también soy un cínico. Ahora, arriba, tienes que comprarte ropa para el entierro. No estaría bien que te presentaras con un vestido de lamé dorado, los mafiosos son muy estrictos con eso de las ceremonias y los rituales religiosos.

A Alicia comenzó a parecerle divertida la situación. Era más excitante que atender a turistas incautos que, como borregos, eran conducidos al trasquiladero llamado salón de máquinas tragaperras, y no podían alegar engaño porque, efectivamente, las máquinas se llamaban «traga-pe-rras».

Comprar un arma en una armería resultaba bastante sencillo. Se

observaba un catálogo previo, se escogía el modelo deseado, se miraban los precios, se pagaba, le envolvían a uno la pistola (lo digo sin doble intención) y se salía a la calle convertido en un anti-pacifista, pero uno mismo se decía que no la usaría más que en caso de auténtica defensa propia. Bueno, podía ser uno pacifista pero negarse a que lo mataran los de la Mafia o quienquiera que pudiese atacarme. Lo que estaba claro es que no iría a la casa de nadie a pegarle tiros y tampoco sacaría la pistola porque algún imbécil que no supiera conducir su carro le hiciera alguna abolladura al mío.

A lo que iba... Comprar un arma en este país es cosa fácil, pero comprarle un vestido a una mujer exigente, ya no es tan sencillo. Me rasqué el cogote, me tiré de la oreja izquierda en un tic nervioso y empecé a vaciar mi paquete de cigarrillos.

A la cuarta boutique, opté por quedarme en el bar que había en la acera de enfrente para no verme rodeado de dependientas sacando vestidos para luego pedirles que se los guardaran todos porque a Alicia no le gustaba ninguno.

Me mantuve vigilante por si descubría a nuestros seguidores a los que ahora no veía por ninguna parte alguna y los imaginé camuflados de viejecitos vendedores de globos o algo parecido, el caso es que no los veía.

Controlaba la puerta de la cuarta boutique que visitábamos cuando la tarde moría y no tardarían en cerrar los comercios de ventas de ropas, lo que me haría suspirar de alivio, cuando:

—¡Jeff, Jeff!

Había tomado la precaución de pagar de antemano mi cerveza. Crucé la calle sorteando un coche lanzado y un bus escolar. Me metí en la boutique y ella, con una sonrisa, exclamó:

—Lo encontré.

—Magnífico —dije, y resoplé.

—¿Quieres que me lo pruebe ante ti?

—No, no, yo no soy el muerto, digo que tú no eres mi viuda. Anda, que lo empaqueten y pago.

—Es ropa que me cae bien, tenían hasta zapatos a juego, todo blanco.

—¿Blanco? —repetí.

—Es color de luto, con unos toques lila.

Me pregunté si los mafiosos, por su herencia italiana, no preferirían el negro como color de duelo.

—Que se jodan —exclamé por lo bajo.

—¿Qué dices, Jeff?

—Nada, nada, que pago.

Cuando vi la factura, el que se jodió fui yo.

—¿Qué has comprado? Te he dicho un vestido, no el almacén completo.

—Vamos a medias, Jeff, dedúcelo de mi parte cuando me den la herencia.

No me cabía duda alguna de que Alicia se había metido de lleno en el país de las maravillas y que se había creído lo de la herencia que yo le había dicho. Por una vez en mi vida, lamenté ser tan convincente. Aquella elocuencia tenía que emplearla con el jurado y no despilfarrarla de semejante manera.

Tuve la impresión de que llenaba mi coche de paquetes, hasta pensé que debía comprarme un coche nuevo para hacer juego con todo lo que ella iba a ponerse para el entierro.

—No sé si el coche podrá con tanto peso.

—Vamos, no seas tonto —me dijo, sonriente.

No cabía duda de que en pocas horas se había olvidado de los riesgos que estábamos corriendo. Se había adaptado a la nueva situación con una facilidad pasmosa, hasta el punto de que empecé a preguntarme si en mi cuenta bancaria habría dinero suficiente para pagar sus facturas.

—Bueno —suspiré, deteniéndome frente a un semáforo en rojo—, lo pondré en gastos de inversión.

—¿El qué?

Me volví hacia ella. Vi sus espléndidos ojos verdes y tuve la impresión de que era una gata tremendamente sensual que estaba jugando conmigo como si yo fuera su ratón.

Mee, mee, mee...

El coche de atrás me recordó a claxonazos que debía reanudar la marcha.

Alicia estiró sus piernas, las tenía muy hermosas. Sentí como unas gotas de saliva entre mis colmillos. Por un buen número de razones que no voy a enumerar, me apetecía morderlas.

Le dije que lo mejor que podíamos hacer aquella noche era no salir de mi apartamento, dentro del cual estaríamos seguros.

No se me escapaba que al crimen organizado lo mismo le daba que fuera de día que de noche para ejecutar a sus víctimas.

—¿Y qué cenaremos?

—Lo que encontremos por el frigorífico.

—De acuerdo.

Encontré una vela ya usada, apagué las luces y comenzamos a cenar lo que habíamos podido sacar del frigorífico, que no era mucho.

—Jeff, eres encantador.

—¿Ya no les temes?.

—Cuando estoy lejos de ellos, me olvido.

—Eso es bueno, pero mañana tendremos que volver a verlos.

Sonó el timbre del teléfono y me dio la impresión de que hasta la llama de la vela se torcía.

—¿Diga?

—¿Abogado Reeves?

—Sí, pero estoy muy ocupado.

Miré a Alicia y me dije que sería mejor estar ocupado con ella en la cama que en la mesa. La voz de aquel tipo que llamaba por teléfono, me pareció contenida.

—Pórtate bien, Reeves, y mañana a las cuatro, en la residencia del águila. No lleguéis tarde.

—¿Residencia del águila? —rápidamente, recordé la mansión—. ¿El entierro no es a las cinco?

—Sí, pero para que la función vaya bien, los artistas deben llegar antes y si ella lleva la cara sonriente, pélele una cebolla en su precioso hocico, eso gustará más.

—Hijo de...

No llegué a terminar la imprecación o el insulto, se escuchó el molesto pitido del teléfono. Aquel tipo había colgado.

—¿Algo importante? —preguntó Alicia.

Tomé el vaso de cerveza. Hubiera preferido que fuera champaña, pero comenzaba a temer que mi tarjeta de crédito estuviera ya en números rojos y no era cuestión de exponerme a las iras de un tendero.

—Son ellos.

—¿Siguen vigilándonos? —preguntó, cambiando la expresión de su rostro.

—Saben perfectamente donde estamos. No me extrañaría que nos llamaran por la mañana como si fueran el despertador.

—¿Qué quieren?

—Que no nos retrasemos para el funeral y que si puedes llegar llorando, mucho mejor.

—Y de pasar la noche aquí, ¿qué dicen?

—Por el momento, no han dicho nada. Por lo visto, no son muy escrupulosos al respecto, porque no creo que piensen que estoy capado; la verdad, me sabría muy mal que alguien tuviera esa opinión de mí.

—No digas tonterías, Jeff.

—Si no son tonterías... Esos tipos cuidan de la herencia de Torino como si fuera las niñas de sus ojos, pero no de su honor, claro que si está muerto, la viuda...

Me acerqué a ella. Le cogí suavemente la barbilla y la besé en los labios. Sabía a cerveza, como yo, pero me gustó y seguí besando. Ella me frenó con su extraña mirada.

—Un poco de respeto, Jeff.

—¿Qué?

—Soy una viuda muy reciente, mi marido no está enterrado aún.

—¿Ahora me vienes con ésas?

—Si se proponen acusarme de adúltera, me van a quitar la herencia.

¿Acaso has visto tú en qué condiciones ha sido redactado el testamento?

—La verdad es que no —acepté, cuando lo que me apetecía más era besarla y todo lo que podía venir detrás, sin que me preocupara un ápice el testamento del mafioso Torino.

—¿Y si me desheredan?

—Pues, estaría bueno. En ese caso, habrá que buscar quién es el otro posible heredero. Oye, ¿qué te parece si llamo a una vecina para que sea testigo de la custodia de tu honestidad?

—Nunca sé si hablas en serio o en broma.

—Será mejor que durmamos. Sólo tengo una cama, ancha, pero sólo una cama

—No estarás pensando en...

Me dije que no era la ocasión oportuna. Sería como abusar de una cliente que por la situación de acoso en que se hallaba estaba en inferioridad de condiciones y decidí portarme como un caballero.

—Dormiré en el sofá, aunque creo que los mafiosos no se lo van a creer. Por cierto, ¿te presentaron ya a tus nuevos parientes?

—¿Qué parientes? —preguntó Alicia, como si le hablara de alienígenas.

—No sé, pero ese Gregory Torino puede que no estuviera solo en el mundo. Esta clase de gente tiene un cariño especial por la madre, o sea, por tu suegra.

Cuando me tumbé en el sofá, me sentí algo culpable. Haberle recordado que tenía la posibilidad de una suegra, debía haberle provocado insomnio.

Me dormí y el teléfono me despertó, arrancándome de un profundo sueño. Era todavía de noche y a mí no me agradaba levantarme de madrugada, entre otras cosas porque solía acostarme tarde.

—Sí, ¿quién diablos llama?

—Oiga, picapleitos, si se ha acostado con la viuda Torino, lo vamos a capar.

—Oh, no... —Colgué.

Ella apareció en la puerta de la alcoba, se cubría con una bata mía de color azul con dibujitos. La verdad es que no me había fijado nunca en aquellos dibujitos, y seguí sin reparar en ellos porque Alicia me pareció más interesante.

—Han llamado ellos, ¿verdad?

—Sí —asentí, bostezando.

—He cogido el teléfono, pero no he llegado a oír nada.

—No tiene importancia sólo han dicho que iban a caparme.

—¿Qué?

—Bah, simples amenazas, quieren mantenerme asustado. Eso de amenazar a alguien con caparlo siempre surte efecto, pero a mí no me

van a amedrentar. Por cierto, ¿cómo has dormido?

—Bien, tu cama es cómoda.

Me miró, se acercó a mí y preguntó:

—¿Y el sofá?

CAPÍTULO IV

—Ya estoy lista —me dijo.

Me volví hacia ella; salía de la habitación donde se había vestido para el entierro del capo Torino.

No sé cómo expresarlo, pero parecía una princesa, una reina o una presidenta, hermosa, bella pero no sofisticada. Era algo extraordinario. Vestía como para una gran fiesta. Iba de blanco, con detalles en lila, lazos y otras cosas de las que yo no entiendo, también un abrigo blanco y había cruzado su frente con una cinta de color lila al estilo indio, una cinta brillante con cenefitas blancas.

—¿Qué te sucede, Jeff?

—¿Vamos a un entierro o a la fiesta de proclamación del presidente?

Ella se rió, halagada.

—Para mí no hay mucha diferencia entre las dos.

Me puse un traje azul oscuro y salimos de la ciudad a buena marcha. Detrás de nosotros rodaba un automóvil! —Ahí tenemos la escolta.

—¿Habrán dormido en el coche? —preguntó ella.

—Habrán tenido tiempo de turnarse, además, ya ha pasado el día. En fin que se fastidien, así no andarán amenazando por teléfono.

Ella alargó su mano y me palmeó cariñosamente el muslo derecho.

—Te ha afectado la amenaza, ¿eh?

Sentí que el contacto de ella me estimulaba.

Sin librarnos de la escolta que llevábamos pegada a la rueda y tras el considerable viaje por carretera, llegamos a la mansión de Torino. Ya en la calle, había muchos coches, una verdadera hilera.

—Creo que va a ser un entierro sonado —opiné.

—Yo no conozco a nadie.

—Oh, sí, conoces al sinvergüenza de Benjam, al bulldog irlandés y a la matrona que te administró los sedantes.

Me enfrenté con la puerta custodiada por el vigilante. Toqué el claxon y se apartó rápidamente, haciéndonos un saludo con la gorra. Utilizó un walkie-talkie para advertir de nuestra llegada a quienes dirigían aquel cotarro funerario.

Si en la calle había coches, dentro de los jardines de la mansión había más. Silbé de admiración.

—Esto es algo gordo, querida, y tú vas a ser la suprema sacerdotisa.

Tres hombres que parecían gemelos, vestidos de oscuro y luciendo anchos bigotes, fueron los que hicieron que mi coche se situara frente al atrio donde no había ningún vehículo.

Al otro lado del asfalto había varias furgonetas cargadas de flores.

Uno de aquellos guardianes se apresuró a abrirle la portezuela a Alicia para que se apeara. Rápidamente, aparecieron unos fotógrafos y los flashes se cebaron en ella como si se tratara de una estrella de

Hollywood en el estreno mundial de su mejor filme.

Creí observar un bulto en la sobaquera de aquellos tipos, y deduje que debían llevar consigo pistólonas como cañones, algo parecido a lo que yo me había comprado y que ahora llevaba bajo el asiento.

Me situé junto a Alicia, no quise dejarla sola.

Uno de aquellos individuos tomó las llaves de mi coche y se lo llevó. Dentro de la casa había mucha gente, mucho olor a flores y a cera consumiéndose.

El catafalco estaba en el centro del salón y dentro de él yacía Gregory Torino con las manos cruzadas sobre el pecho. Lo habían embalsamado y maquillado adecuadamente.

A mí me pareció un muñeco, algo carente de vida y así era ciertamente. No se veía rastro de los tajos y costurones propios de haberle hecho la autopsia.

Habían disimulado, supongo que con densos maquillajes, los daños que debía haberse causado en el rostro en la caída por el acantilado. Si lo habían recogido hecho una piltrafa, he de admitir que ahora se veía muy presentable.

Alicia se inclinó sobre el ataúd. De pronto, se convulsionó un poco y se puso a sollozar. La cogí por la espalda y la retiré de allí y tuve la sensación de que nos conducían hacia un rincón. Allí había un grupo de gente. Me parecieron todos bajitos, incluidos los hombres que estaban gordos.

—Mala donna, pecadora, mió figlio era grande, grande Tú tienes la culpa de que me lo matasen...

La vieja acababa de tomarla con Alicia. Esta la miró, primero estupefacta, y luego se estremeció.

—Es la madre —susurró alguien en mi oído.

—Ya. Para una madre, nunca hay nuera o yerno suficiente para su hijo o hija.

Allí había más de una docena de personas, seguramente todos interesados en el testamento, albergando ilusiones y al mismo tiempo, temiendo lo peor. La herencia de Gregory Torino no era una herencia vulgar, allí debía haber mucho tomate.

Los capitostes de la Mafia no querrían bajo ningún concepto que los negocios sucios de Torino salieran a la luz, pues implicarían a mucha gente y era seguro que la policía del Estado, la municipal y también el FBI, estarían interesados en meter las narices en los papeles del fallecido.

Y aquel hatajo de buitres que era la familia, clavaría sus garras sobre Alicia a poco que pudieran; a la joven ya no le faltaban razones para tener miedo.

Todos estaban en aquel entierro con aire compungido, pero de entre aquellos rostros, por lo menos una media docena me preocuparon.

Aquellos tipos parecían altos personajes del crimen organizado que, posiblemente, ya no se dedicaban a controlar la prostitución o el tráfico de drogas, eso debían dejarlo para los más brutos. Ellos andarían metidos en la Mafia de las altas finanzas, en el tráfico clandestino de armas, en el control político de ciertos Estados y otros negocios afines, como la manipulación de los sindicatos.

Un tipo alto, de cabellos rizados y canosos, un tipo que tenía una mirada aviesa y maligna, me dio la impresión de que no estaba allí por simple cortesía, sino buscando algo. Yo no sabía si era algún detective especial, un agente del FBI o un capo del crimen organizado de altos vuelos.

Había demasiada gente, demasiadas flores para pescar algo concreto en aquel ambiente. De todas formas, traté de memorizar algunos de aquellos rostros por si volvía a verlos.

Allí había un boato funerario impresionante, con una coral de seis sacerdotes católicos y unas decenas de monaguillos.

Nos dejamos llevar. Comenzó a lloviznar. Sacaron el ataúd para cargarlo en un furgón funerario que fue revestido de flores y a nosotros nos hicieron entrar en un impresionante Cadillac negro.

—Oiga, ¿y mi coche? —le pregunté al bulldog irlandés que se había sentado con nosotros.

—No se preocupe, se lo devolveremos sin abollar.

—Espero que no me pongan un petardo dentro.

Sonrió y su sonrisa no me tranquilizó. Benjam conducía el Cadillac hasta el cementerio que no estaba lejos.

—Está usted muy hermosa, señora Torino —comentó el irlandés, administrador general de los bienes del fallecido.

—Gracias. ¿Cuándo terminará esta mascarada?

No obtuvo respuesta.

Aumentó la lluvia y aparecieron muchos paraguas, varios de los cuales trataron de cubrir a Alicia que era la reina del cementerio. Fue todo un espectáculo.

La familia de italianos que allí estaba hizo un alarde de gritos y llantos, sólo faltaba la música y que los mafiosos de otras familias sacaran sus armas e hicieran disparos de salva mientras el ataúd era introducido en la fosa de un espléndido panteón.

Me situé tras Alicia y comenzó el desfile de pésames. La madre de Torino y dos hermanas miraban con odio a Alicia que se llevaba lo más florido de las condolencias.

Al fin, terminó el desfile bajo la lluvia y regresamos a los coches. Sin embargo, Alicia tuvo la impresión de que el hombre de los ricitos canosos quería decirle algo.

Cuando nos encerramos de nuevo en la mansión, el servicio ya había recogido las flores y ni siquiera olía a cera. La familia italiana de

Torino iba a refugiarse en aquella mansión, aún no sabíamos por cuánto tiempo.

—Bueno, sigo siendo el asesor legal de la viuda Torino —les dije a O'Bryan, el bulldog irlandés, y al guaperas de Benjam, al que tenía ganas de romperle el hocico.

Era de suponer que él deseaba hacer lo mismo conmigo pues me consideraba un intruso al que había que hacer desaparecer.

—Ya no hace falta que la señora se vaya de la casa —comenzó a decir O'Bryan—. Aquí puede disponer de todo, incluso de una buena protección.

—¿Protección? —pregunté yo—. ¿Contra quién?

—Hay muchos salteadores de mansiones —repuso Benjam, que parecía más frío, más calmado, como adoptando otra táctica en contra mía.

—¿Solo contra ellos? —pregunté.

—Bueno, Gregory Torino tenía muchos negocios y algunos muy importantes. Eso le había creado enemigos, como es lógico, y es posible que alguno de sus adversarios quisiera vengarse de él y nunca se sabe qué pueden llegar a hacer

Alicia objetó:

—Yo no quiero estar en esta casa.

—Tú estarás donde convenga —dijo Benjam, dejándose llevar por unos momentos de su impulsividad visceral.

—Ella irá adonde le apetezca —puntualicé.

—O'Bryan, dígale a este tipo que se esfume.

El irlandés, en tono paciente, tratando de ser convincente, me dijo:

—Se le abonarán sus honorarios por el trabajo que ha llevado a cabo. Quiero decir que se le pagará lo que usted pida, siempre que sea una cantidad razonable que discutiremos usted y yo.

—Jeff...

—¿Sí, Alicia?

—Seguirás asesorándome.

—Lo siento, O'Bryan, ya ve cuál es la opinión de mi cliente.

—Le advierto que hay formas convincentes de pedirle que se dedique a otros casos.

—¿Es una amenaza? —inquirí.

—Sentiría que usted no la tomara en cuenta.

—No le tolero que hable de esa manera a mi abogado —objetó Alicia, también molesta.

—¿Cuándo se abrirá el testamento? —inquirí.

O'Bryan aclaró:

—La convocatoria es para mañana en la biblioteca.

—Mañana decidiremos lo que sea —le dije entonces.

—Yo me voy a pasar la noche a otra parte y, por favor, no me sigan —

les pidió la joven.

—Es una simple protección —se disculpó O'Bryan—. No queremos que le ocurra nada.

—Yo cuidaré de ella —dije—. Mañana vendremos a la lectura del testamento y preparen fotocopias del mismo, quiero estudiarlo detenidamente.

Benjam se encaró conmigo y rechinándole los dientes, me advirtió:

—Si crees que te vas a llevar una buena tajada en todo esto, te equivocas.

—Puede —admití, ambiguo.

Cogiendo a Alicia por el brazo, me la llevé conmigo.

Uno de los vigilantes nos trajo mi coche, pese a que Alicia podía disponer de casi una docena de ellos que pertenecían a la mansión y que se hallaban debidamente estacionados en el amplio garaje;

—¿Qué te ha parecido el entierro? —me preguntó, ya lejos de la mansión Torino.

—Bien.

—¿Qué opinas de todo?

—Bien.

—¿Y de, de...? Bueno, de la herencia.

—Bien.

Me miró inquisitiva, como si yo ya comenzara a volverme loco. Se encogió de hombros y antes de que volviera a preguntar nada, puse una cassette de country-folk de Nashville. Elevé el volumen y a gritos, pregunté;

—¿Te gusta?

—¡Está muy alto! —replicó ella, también a gritos.

—Es que así se oye mejor.

Cuando la cassette terminó, le di la vuelta y seguí torturándola con la misma música hasta que saqué el coche de la carretera y me introduje en una especie de parador que parecía bueno y confortable.

Ya dentro del parador, ella observó:

—Parece que no nos sigue nadie.

—Sí, deben haberse convencido de que vamos a ser buenos chicos. Ah, y en el coche es mejor que no hablemos nada importante, pueden haber dejado dentro algún chinche.

—¿Te refieres a una escucha electrónica?

—Sí. Hasta que no haga revisar el coche, no me fio.

—¿Por eso me respondías a todo «bien, bien, bien...»?

—Sí.

Miró en derredor, preocupada.

—¿Crees que ahora podemos hablar con tranquilidad?

—Alicia, aquí hay gato encerrado. No sé de qué se trata aún, no sé por qué te están utilizando. Lo mejor para ellos sería que te volatilizaras,

salvo que seas una pieza insustituible en el negocio que se han montado.

—No entiendo nada —confesó la joven.

—Por ahora, yo tampoco, pero sí sé que hay mucho dinero de por medio. Torino era muy rico y poderoso gracias a sus negocios en la organización. ¿A cuánto asciende su fortuna? Lo ignoro, pero sólo la mansión vale una fortuna y me estoy oliendo que a ti te ha dejado una suculenta herencia.

—Si yo no hice nada con él, no llegó ni a consumarse el matrimonio.

—Sí, es un dato importante que O'Bryan, Benjam y otros pueden utilizar contra ti como arma en cuanto te desmandes, lo mismo que la posibilidad de acusarte de asesinato.

—Fueron ellos, yo lo vi.

—Sí, pero pueden enviar un anónimo al fiscal diciéndole de paso cuál fue el camión que te recogió después de perpetrarse el crimen. Ellos quieren utilizarte y, al mismo tiempo, desean tener armas contra ti por si tú no te pliegas a sus órdenes. Mañana, el testamento será abierto y ellos tratarán de darte instrucciones.

—¿Y si no acepto?

—En ese caso, me temo que tú y yo moriremos de un supuesto accidente, lo mismo que Gregory Torino.

—¿Y si nos adelantáramos y se lo contáramos todo al fiscal?

—¿Qué ibas a poder demostrar? Si el fiscal no consigue pruebas contra ellos, se fijará en ti que, después de todo, puedes ser la heredera. La policía sospecha siempre de los que reciben una herencia. Por dinero se han cometido muchos crímenes.

—Cuando estaba en Las Vegas de ayudante de relaciones públicas, no tenía todos estos problemas.

—Debes sentirte como otra mujer, transformada.

—Eso es cierto, nunca me había sentido tan mimada, tan el centro de todos. Me da miedo, pero he de confesar que me siento excitada. Creo que tendré que ir a consultar a un psiquiatra.

—No, eso no lo vas a hacer. Las pacientes terminan enamorándose del psiquiatra.

Traté de buscar el lado agradable de todo aquel embrollo; sin embargo, me daba cuenta de que cuando Alicia dejara de ser importante para los mafiosos, la eliminarían y a mí con ella, pero íbamos a correr el riesgo.

Tras cenar unas hamburguesas y tomar unas cervezas, decidimos regresar a la ciudad. Era ya de noche.

En el parking, cuando íbamos a tomar mi coche, se abrieron las portezuelas de otro automóvil que había muy cerca del mío y aparecieron dos hombres armados con sendas pistolas.

—Quietecitos los dos —ordenó uno de ellos.

Alicia me miró interrogante. Yo no podía hacer otra cosa que admitir que un par de pistolas, manejadas por profesionales del crimen y a una distancia tan corta, resultaban muy convincentes.

—¿Es un asalto? —pregunté, haciéndome el ingenuo.

—Aquí no hay que hacerse el gracioso —me replicaron.

Me empujaron al modo policial, me pusieron de espaldas y me cachearon. Después, se metieron en el coche y registraron la guantera, supongo que buscando una pistola que, precisamente, estaba debajo del asiento, si es que no me la habían quitado ya en la mansión Torino.

—Subid a ese coche —señalaron el suyo.

—¿Quiénes son, adonde nos llevan? —preguntó Alicia, altiva.

—Todo saldrá bien si os portáis bien, sólo será un paseo; si no, bang bang, ya comprendéis.

—¿Y mi coche? —gruñí.

—Lo llevaremos nosotros.

Subimos al otro coche donde había dos hombres más armados. Se cerraron las portezuelas y el automóvil arrancó. Tras él siguió el mío.

Era de noche y las luces pasaron raudas junto a nosotros. El embrollo se complicaba más y me sentí como debieron sentirse las víctimas de la mafia en los tiempos de Al Capone.

Alicia volvió a sentir miedo. Aquella era la parte no divertida de la nueva situación que estaba viviendo. Buscó mi mano y me dio la impresión de que deseaba que yo le transmitiera fuerzas. Se la oprimí, deseando que pasaran rápidas las horas que faltaban para la amanecida.

¿Seríamos los nuevos difuntos? La verdad, no tenía ningún interés en que me enterraran. Miré hacia atrás y a través de la luneta posterior vi los faros de mi propio coche siguiéndonos. ¿Estarían buscando el lugar apropiado para despenarnos?

CAPÍTULO V

El automóvil en el que viajábamos se detuvo frente a una gran puerta que correspondía a un almacén aislado, no lejos de la carretera. Introdujeron el coche en el almacén, dentro había bidones a cientos.

—Abajo —ordenó uno de aquellos tipos.

Pronto nos vimos rodeados por cinco hombres. Ninguno de ellos llevaba ahora pistolas en las manos, pero las llevaban encima.

Nos hicieron avanzar hasta una especie de despacho en un altillo. Allí arriba había un individuo que empuñaba una ametralladora Beretta 12. No soy ningún entendido en armas, pero había visto catálogos y algunas revistas. Aquella Beretta de culatín plegable, impresionaba. Llevaba un cargador de cuarenta cartuchos 9 mm Parabellum. Era evidente que querían protegerse, pues ante aquella arma era mejor no hacerse el tonto.

Dentro del despacho, sentado en una butaca, descubrimos al tipo de los ricitos canosos.

—¿Qué significa esto? —inquirió Alicia, muy en su papel de dama.

—Quería hablar con usted.

Di un paso hacia adelante. Tras de mí estaba la maldita Beretta con sus cuarenta cartuchos, listos para meterse en mi espalda.

—Esto es un secuestro.

—Tómenlo corno una invitación a una charla. Siéntense.

Más convincente que las palabras de aquel tipo era la pistola-ametralladora y los cuatro matones que estaban en la escalera vigilando, por lo cual nos sentamos dispuestos a tener paciencia.

—Soy Victor Stam; bueno, en realidad mi nombre es Vittorio Stampanato. Torino y yo hemos sido socios en muchas, cosas.

—Yo no le conocía a usted —dijo Alicia.

—Yo tampoco sabía que Torino se hubiera casado.

—¿Tiene eso alguna importancia para usted?

—Pues sí —puntualizó Stampanato—. Él y yo éramos socios, teníamos negocios juntos. A él le fueron mal las cosas porque tuvo algunos tropiezos y no hizo mucho caso de mis consejos y sí de los del irlandés.

—¿O'Bryan? —pregunté.

—Sí, ese tipo que tiene cara de perro. Torino confiaba demasiado en él.

—¿Mi marido le dejó a deber algo?

Stampanato hablaba sin alzar la voz. Era algo amanerado, con aires de aristócrata latino.

—Pues, a eso iba. Me debía dinero y estoy preocupado en cobrarlo. Para mí, el que haya muerto no significa que me olvide de cobrar.

—Yo soy la viuda, pero el testamento todavía no se ha abierto y no sé

de lo que voy a disponer.

—Torino era un caballero en según qué negocios, pero tenía sus debilidades y una de ellas fue traicionarme y supongo que por hacer caso al irlandés.

—¿Qué clase de negocios eran éstos? —pregunté.

—Eso no importa ahora. Yo les he traído aquí para que me aseguren que voy a cobrar, pues de lo contrario me voy a enfadar mucho y cuando Vittorio Stampanato se enfada, hace mucho daño.

—Si heredo algo, pues como ya sabrá Torino tenía otros parientes, le pagaré la deuda.

—¿A cuánto asciende? —inquirí, pensando que si utilizaban pistolas ametralladoras sería por algo.

—Cincuenta y tres —dijo él.

—¿Mil dólares? —pregunté.

Vittorio Stampanato se sonrió y el tipo de la Beretta se carcajeó tras de mí.

—Cincuenta y tres millones de dólares.

Carraspeé.

—¿Está seguro de que es esa cifra?

—Desde luego.

—¿Puede demostrarlo?

—Mi palabra es suficiente —puntualizó Stampanato—. Los socios de determinados ambientes, como Torino, yo y otros, tenemos suficiente con nuestra palabra y el que no la cumple lo paga muy caro. Torino me debía ese dinero y yo quiero cobrar, eso debe quedar claro.

—Yo no sé si tendré ese dinero. No sé nada de los negocios del que fue mi marido.

—Pues le conviene saber, porque si no paga el muerto, paga su heredero y si no paga usted, morirá también.

—Y en ese caso, ¿quién pagaría? —pregunté.

—El que la herede a ella. No quiero guerras entre «familias», pero si ha de haber una, la habrá. El irlandés tratará de falsear la situación, le conozco, pero no conseguirá engañarme. ¿Entendido? Ahora soy el más fuerte en la costa oeste.

—Y quiere terminar convirtiéndose en capo de capos, ¿no es eso? —inquirí.

—Tengo muchos proyectos, pero no los voy a tratar con ustedes. Quiero saber qué ocurrirá con los negocios de Torino, qué será de su familia y, por supuesto, quiero cobrar los cincuenta y tres millones que Torino me debía.

—Yo no sé si podré pagar esa cantidad que me exige —objetó Alicia—. Ni siquiera sé si cobraré un solo dólar. Torino amaba mucho a su madre.

Miré a Alicia con satisfacción, había respondido muy bien.

—Me enteraré de lo que usted recibe y si puede pagar, pagaré, porque sería una pena que su vida se acortara excesivamente y además de forma desagradable.

—Esto huele a extorsión —le dije a Stampanato.

—Me han contado que tú eres el asesor picapleitos de la señora Torino.

—Así es —asentí.

—Pues a ti no te va a salvar nadie, ni tu madre ni el presidente de la Unión. Irás a hacer compañía a Torino antes que ella.

Vittorio Stampanato hablaba muy despacio y no parecía que sus palabras fueran amenazas verdaderas, pero el tipo de la Beretta que tenía a mi espalda, daba soporte a aquellas palabras.

—¿Por qué no le pide ese dinero al irlandés? —le pregunté—. Él sabe muy bien cómo debían andar los negocios de Gregory Torino.

—El irlandés ya ha sido advertido por mí. Él dice que se lava las manos, pero es posible que esto termine en una nueva noche de San Valentín. La verdad es que para mí ese irlandés es hombre muerto, sólo falta decidir cuál será el plazo de la ejecución. Tú, picapleitos, puedes evitar el «paseo» si consigues que ella pague pronto la deuda de Torino. Si ella no paga, tú mueres, pero si ella paga, puedes tener un porvenir excelente.

—Hablemos claro —le dije, abiertamente—. Quiero un diez por ciento.

—¿Diez por ciento de qué? —inquirió Stampanato.

—De ese dinero. Muerto Torino, usted lo pierde todo. Si ella hereda o veo posibilidades de que usted cobre, quiero el diez por ciento de esa cantidad para mí.

—¿De modo que quieres llevarte tu tajada?

—Lógico, ¿no? Si me juego la vida en esto, quiero ganar mi parte si sale bien.

—Ni sueñes que te vas a llevar más de cinco millones. En cambio, si no haces lo que yo te ordene, mueres.

—No hacemos otra cosa que lanzarnos amenazas mutuamente. Cuando decida ofrecerme un diez por ciento, me llama, y no envíe más a sus matones porque el baile del «tiroteo» va a comenzar antes de lo deseado por todos. —Me puse en pie con decisión, no pensaba dejarme acogotar por aquel mafioso de altos vuelos—. Vamos, Alicia, esta entrevista ha terminado.

La muchacha se puso en pie y yo sentí en mis riñones el cañón de la pistola ametralladora. Me pregunté si al tercer o cuarto plomazo seguiría sintiendo dolor si a aquel matón se le ocurría apretar el gatillo.

—Dejadlos marchar —ordenó Vittorio Stampanato.

Levantándose, cogió la mano de Alicia y la besó educadamente. Alzó

la mirada despacio, paseándola por el busto de la mujer y al fin la clavó en los ojos verdes y luminosos.

—Creo que podríamos llegar a entendernos. Lo que fue bueno para Torino, también podría serlo para mí.

Alicia no respondió. Salimos de aquel despacho y descendimos la escalerilla. Abajo estaban los matones. Stampanato les hizo una seña desde arriba y se apresuraron a dejar listo mi propio coche.

Alicia y yo subimos a él y salimos de aquel almacén aislado en el campo, un almacén repleto de bidones que ignoraba si estaban vacíos o llenos.

Nos alejamos de allí.

Cuando ya en la carretera, Alicia se dispuso a hablar, le pedí silencio cruzando mi índice sobre mi boca. De inmediato, puse una cassette de country-folk que comenzó a sonar mientras los dos pensábamos que los riesgos que habíamos imaginado se estaban confirmando y ampliando. Vittorio Stampanato nos mataría a los dos si Alicia no pagaba cincuenta y tres millones de dólares.

De súbito, como si hubiera leído mi pensamiento, la joven comenzó a reír. Yo me contagié de aquella risa y mientras sonaba la vibrante música de Nashville, los dos seguimos carcajeándonos a gran velocidad por la carretera, atravesando la noche con los faros en busca de la ciudad.

CAPÍTULO VI

Cuando llegábamos a los suburbios de la metrópoli, cuando ya se divisaban las luces de los edificios de viviendas baratas, ocupadas por los desheredados de la fortuna, aquellos que no podían pagar los elevados precios de las zonas residenciales, se iluminó un farol en mi mente y tomé un desvío.

Alicia estiró sus bien torneadas piernas. Me apeteció acariciárselas, pero me dije que debía esperar mejor ocasión.

—¿Qué es esto? —preguntó ella cuando nos introdujimos en un lugar de compraventa de coches usados que atendía a sus clientes durante las veinticuatro horas del día.

Crucé una vez más un dedo sobre mi boca, pidiéndole silencio.

Detuve el coche frente a la oficina y saqué mis objetos personales de él, metiéndolos en una bolsa de nylon en la que incluí la pistola y un par de cajas de municiones. La empujé suavemente hacia la oficina; Alicia seguía pareciendo una princesa o una estrella de cine en su noche de debut.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó bajando la voz, ya lejos de mi coche.

—No me fío nada de tus parientes.

—¿Mis parientes?

—Sí, ni de sus amigos ni de los enemigos de sus amigos...

—Pero ¿qué lío te traes, Jeff?

—Mira, no tengo tiempo de inspeccionar el coche por si está lleno de micrófonos ocultos o de bombas para explotar por control remoto. ¿Te imaginas que hubiera algún explosivo dentro del coche y en el momento en que dejáramos de serles útiles, por ondas, a distancia, como quien pone en marcha un televisor por rayos infrarrojos, lo hicieran explotar? No, no me gusta la idea de que me achicharren dentro del coche, y esa clase de tipos han jugado muchas veces a ese divertimento. Ese coche ha estado en manos del irlandés O'Bryan y sus secuaces y también de Vittorio Stampanato y sus matones. No me fío, y menos después de que metieran en mis riñones el cañón de aquella repelente pistola ametralladora con cargador de cuarenta cartuchos. Voy a dejar este coche aquí y nos llevaremos otro.

El encargado del turno de noche nos preguntó:

—¿Qué desean los señores?

—Mi mujer está aburrida de ese coche —señalé el mío—. Quiero algo mejor, algo que no la desilusione.

El vendedor de coches usados paseó su mirada por Alicia y me pareció que se propasaba con aquella mirada.

—Eh, oiga, lo que quiero es vender el coche, no a mi mujer —le puntalicé.

—¿Quieren un coche grande o uno deportivo? Porque imagino que no querrán un coche corriente.

—Con un deportivo veloz quedaremos satisfechos —dije—. Ah, y por el mío, ¿cuánto paga?

Se acercó a mi coche, yo me mantuve a distancia. Se metió dentro y miró el kilometraje. Movié el coche, comprobando la suspensión y después abrió el motor. Lo estuvo observando durante un minuto largo, regresó junto a nosotros y tasó:

—Entre quinientos y mil pavos.

—Mil pavos es muy poco —rechacé.

—Entre quinientos y mil —repitió—. El mecánico tasador vendrá por la mañana, hasta entonces la valoración no podrá ser efectiva, salvo que acepte los quinientos, me refiero a lo máximo que estoy autorizado a dar. Comprenda, el negocio no es mío —precisó, viendo la cara de pocos amigos que yo ponía.

No sé por qué, pero había imaginado que mi coche valía más de lo que me ofrecían. Hice un esfuerzo por resignarme

—Veamos el coche que puede ofrecernos —dije a regañadientes antes de doblar mis rodillas e inclinar la cabeza para que me la cortaran de un tajo.

—Tengo algo fabuloso —comenzó a decir, cambiando de tono. Hasta aquel momento había tenido cara de asco mirando mi coche, pero ahora, no sé por qué, algo parecía hacerle gracia y sonreía mucho. Era como si para él la noche se hubiera convertido en día.

Había varios deportivos entre los que destacaban un Porsche, un Mercedes-Benz y un Alfa Romeo. Me pareció que este último era el que tenía mejor aspecto.

—Con este coche puede presentarse en el mejor hotel y le atenderán como a un jeque árabe.

—¿Cuánto? —inquirí.

—Quince mil dólares.

—¿Cómo, quince mil dólares y sólo ofrece quinientos por el mío?

—Es que éste es un coche espléndido, y de importación.

—Es de segunda mano —repliqué.

—Sí, pero es un coche muy bueno, con él puede hacer carreras. Si se pone a rodar en una carretera, no habrá quien le dé alcance. Además, sólo tiene catorce mil kilómetros.

«Habrás trucado el cuenta-kilómetros», me dije.

—Es muy bonito —opinó Alicia.

Vi sus ojos verdes como si fueran los de un felino alienígena en la noche, y sentí que tenía sexo. Alicia ejercía sobre mí el efecto contrario de una ducha fría

—Diez es a lo máximo que llevo. Vámonos. Alicia, tengo prisa por llegar a casa.

—Eh, espere, espere... ¿Diez al contado?

Me pregunté cuánto podía quedarme en el Banco para responder a mi tarjeta de crédito y dije como un idiota:

—Sí.

Yo, Jeff Reeves, te aconsejo a ti, lector, que si alguna vez quieres comprar un coche usado, no vayas con una mujer que te guste, no vayas con ella porque el vendedor te colocará lo que él quiera, pagarás lo que te pidan y no te va a valer que no tengas dinero suficiente porque te lo endosarán a plazos.

—Tiene buen ruuuun, ruuuuun —dijo Alicia cuando ya rodábamos por el asfalto con aquella veloz máquina pintada de color azul celeste metalizado.

—Sí, tiene buen ruuuuun ruuuuuun —admití, viendo que la aguja cuentakilómetros subía con celeridad y comenzaba a rebasar a otros coches que iban quedando atrás con sus luces. Esto mitigó un poco mi desasosiego por haberme gastado tanto dinero en un coche.

Palabra que si dos días antes me hubieran dicho que me iba a comprar un automóvil como aquél, habría dicho que no era posible, que estaba loco el que lo dijera. Pero, allí estaba yo, dándole gas, como si me estuviera fumando un canuto de marihuana.

No quise ir a mi apartamento. Allí me tenían el teléfono controlado y estaba harto de vigilancia. Metí el coche en el parking de un hotel.

—Jeff, ¿de verdad vas a cobrar cinco millones?

—Qué más quisiera yo, encanto. Eso no lo sueño ni cuando compro boletos para las apuestas de las carreras.

—Como se los has pedido a Stampanato...

—Había que convencer a ese tipo de que yo también soy lobo o cuando menos, zorro. Él no podría entender que yo no quisiera llevarme una tajada del pastel, un pastel que aún no sé qué forma tiene, ni siquiera qué sabor ni de qué va a estar compuesto. No, no sé nada del pastel, pero pidiendo mi tajada, parezco más normal, más de fiar.

—Sigo sin entender nada.

—Querida, a cada tipo hay que hablarle en su propio lenguaje para que entienda las cosas, de lo contrario tiene la impresión de que le tomas el pelo y entonces se enfadan más Tú déjame hacer.

El hotel tenía piscina climatizada y propuse a Alicia un baño. Nos alquilamos trajes de baño y encendieron las luces de la piscina exclusivamente para nosotros, estábamos solos.

Alicia demostró saber nadar como una sirena. Me zambullí, nadé bajo el agua y le cogí las piernas. Ella pataleó. Me acerqué y la besé sobre la diminuta pieza del mono tanga Tenía unos pechos espléndidos que asomaban a flor de agua Olvidaba decir que no se molestó por mi beso. Rió más nadó con fuerza y me salpicó la cara provocativa y

sensual

—¿Qué vamos a celebrar? —me preguntó cuando ya en la habitación un camarero del servicio de noche nos trajo una botella de champaña metida en un cubo de acero inoxidable que exudaba agua y estaba repleto de hielo.

—Podemos celebrar el cambio de coche, el continuar vivos o la celebración del funeral para una viuda llamada Alicia. ¿Por qué prefieres brindar?

Sus ojos semejaron brillar más que nunca. Estaba envuelta en una suave sonrisa.

—¿Por qué no brindamos por lo que ambos estamos deseando? —preguntó, levantando su copa burbujeante.

Bebimos y nos besamos. Ambos sentimos aquellas burbujas en la nariz, en el paladar, en los ojos, en la sangre misma

La tenía tendida de espaldas sobre la cama y yo reseguía sus labios con la yema de mi dedo corazón diestro.

—Estoy borracha, Jeff.

—Pues, no has bebido mucho.

—Estoy borracha de excitación. Estoy viviendo una aventura que hace días no podía ni soñar. Hubiera pensado que era producto de un filme de aventuras.

—Esperemos que la aventura tenga un final feliz.

—¿Cuál crees que sería el final feliz?

—Pues, que los malos perdieran y tú y yo siguiéramos juntos, besándonos.

—Eso sería película, Jeff.

—Sí, eso es lo malo, la realidad puede ser más trágica. Estamos apostando muy fuerte y me temo que somos como una pelota entre dos bandos.

Llegamos a la conclusión de que si al día siguiente nos iban a llevar a la Morgue, todo lo que pudiéramos gozar aquella noche, nadie, ni la mismísima muerte, podría quitárnoslo.

Creo que Alicia se sintió llena de placer, porque hundió los dientes en mi carne, en el músculo pectoral, por encima de mi tetilla izquierda. Tuve la impresión de que, a bocados, buscaba mi corazón para succionarlo.

Rugí sin freno y no creo que fuera por el dolor de la mordida. Ella separó sus dientes llenos de cálida saliva para gemir como si sollozara, perdida la mirada.

No sé cuántos minutos más tarde, pues no sé si la luna corrió por el cielo o las estrellas se habían ocultado bajo las nubes, pedí otra botella de champaña. Ya sabíamos por qué brindar.

CAPÍTULO VII

A bordo del Alfa Romeo celeste metalizado, llegamos a la mansión Torino.

Cuando nos detuvimos frente al atrio, uno de los hombres del bulldog irlandés se me acercó. Tendió la mano y yo le puse medio dólar en ella.

—No, las llaves —me pidió.

—Las llaves, no —negué—. El coche tiene un anti-robo muy sofisticado, nadie va a quitármelo.

A aquel tipo no le gustó el desplante, pero yo me llevé las llaves de aquel cochecito que había dejado «con el culo al aire» mi cuenta bancaria

Entramos en la casa. Allí estaban los parientes de Torino, todos con cara estirada, cara de pocos amigos pese a tener cara redonda la mayoría de ellos.

Alicia se agarró a mi brazo con fuerza al descubrir a la madre del fallecido mafioso.

—Ahí está.

—¿Qué te parece, le echamos un hueso como si fuera una perra peligrosa? —pregunté en voz baja.

—Es una arpía.

—A ella le gustaría gobernar esta mansión para todos los suyos. Dejaría los suelos brillantes y no dejaría entrar a nadie con zapatos.

—¡Mala puttana!

—¿Lo ves, Jeff? Ya empieza a insultarme. No la entiendo, pero sé que me insulta, se le ve en los ojos.

—No le hagas caso. Su intuición de mujer adivina que tú y yo hemos pasado la noche juntos y piensa que debes guardar fidelidad eterna al difunto que era nada más y nada menos que su hijo.

Apareció O'Bryan seguido del inefable Benjam.

—Pueden pasar todos a la biblioteca.

La madre de Torino fue la primera en ponerse en marcha, como si fuera una resoplante locomotora, arrastró tras de sí al resto de la familia.

Entramos en la biblioteca donde aguardaban otros dos personajes, un hombre de aspecto venerable acompañado de un tipejo que debía ser su secretario.

—Señoras, señores, el juez Evans es el depositario del testamento de Gregory Torino.

El juez Evans carraspeó y comenzó la lectura.

—En fecha de hoy...

Fue soltando fechas y nombres. Cuanto decía, me sonaba a zumbido y supuse que a los demás les ocurriría lo mismo, pues lo único que

deseaban saber era lo que correspondía a cada cual en el reparto de la herencia.

—...dejo un legado de diez mil dólares a mi tío Paolo Torino Forzatti...

Todos miraron a un hombre de cabello canoso. Este no puso una cara demasiado alegre, debía haber estimado en más el valor de lo que podía tocarle.

El juez fue nombrando a otros familiares, a cada uno de los cuales correspondieron cantidades similares en la herencia. Dio un par de fincas en Italia y dos casas en los Estados Unidos, pero la madre no había sido nombrada en absoluto y Alicia tampoco.

La tensión seguía subiendo puntos.

El grueso de la herencia estaba aún por determinar. Había un yate, una mansión de costa, la residencia en que se hallaban, los valores bancarios, acciones y el dinero efectivo.

—Nombro heredera universal de todos mis bienes, aparte de los que han sido ya otorgados a mis familiares, a mi esposa Alicia Torino...

Todos se pusieron blancos como la cera. Yo estaba junto a Alicia y la noté tiesa como un alambre. Acababa de convertirse en millonaria, si es que las casas no estaban hipotecadas y los valores valían algo y existía dinero en efectivo

—Mi esposa Alicia Torino será la dueña legal de todo: mis bienes universales salvo que contraiga matrimonio... —El juez se interrumpió, clavó su mirada en Alicia por unos instantes y prosiguió —: De casarse, mi herencia pasará íntegra a mi madre, etcétera, etcétera.

El grupo de italianos miraron con odio a Alicia. El juez carraspeó y continuó:

—Mi madre deberá ser atendida en la medida y atención que corresponde a esta herencia. De su cuidado y la cobertura de sus gastos, se ocupará mi viuda Alicia Torino.

El juez continuó con la lectura de aquel testamento que no parecía gustar a todos. Al fin, concluyó y la reina de testamento era Alicia. La arpía se acercó a nosotros. Alicia temió ser arañada, pero la mujer sonrió y mirándome dijo:

—Es un ragazzo bello, molto bello. Li due giuntos, giuntos. —Juntó las puntas de sus dedos índices.

Tuve la impresión de que la arpía quería casarnos allí mismo.

O'Bryan hablaba muy bien italiano y atendió a toda aquella gente. El juez se encargaría de entregarles los cheques y las escrituras de lo que les correspondía del legado.

—No la molestarán —dijo O'Bryan cuando Benjam ya empujaba a toda aquella gente hacia el exterior.

—En realidad, ¿qué es lo que heredo?

—El juez se lo ira comunicando en los próximos días, es una herencia complicada.

—¿Todo legal? —pregunté—. No olvide que soy su asesor legal.

—Hay acciones y valores incluso de tipo internacional, pero a partir de hoy mismo dispondrá de un talonario de cheques para cubrir sus gastos.

—¿Mis gastos? —preguntó Alicia inocentemente.

—Sí. Entre otros, puede pagar los honorarios de su joven abogado asesor y dejar que sea yo quien se ocupe de sus asuntos, lo mismo que hacía con su marido.

Con astucia, Alicia no negó si no que se limitó a responder:

—Déjeme pensarlo.

—Recuerdo que si se casa nuevamente, lo pierde todo.

—¿Hasta cuánto puedo disponer en efectivo?

—No lo sé, se lo consultaremos al juez, pero puede ser una cantidad importante. Podrá comprarse todo el vestuario que quiera, viajar, asistir a espectáculos, etcétera. Casa, ya tiene esta mansión, también la finca «Bianca» que está en la costa de California y el yate Venezia. En cuanto a coches, tampoco le hará falta comprar ninguno, posee media docena para elegir, claro que si se encapricha de algún modelo en especial, no creo que haya dificultad en comprarlo.

—No obstante, la señora Torino quiere saber cuál es el techo de ese talonario —intervine—, por si tiene que hacer obras de beneficencia.

O'Bryan frunció el ceño.

—Lo averiguaré.

Antes de que se me escapara, le pregunté:

—¿Y los cincuenta y tres millones?

—¿Qué cincuenta y tres millones?

—Los que Gregory Torino debía a Vittorio Stampanato.

Un relámpago de inquietud cruzó la mirada de O'Bryan. Me di cuenta en seguida de que con aquella pregunta acababa de hacer diana.

—¿Quién les ha contado semejante fábula?

—Stampanato en persona —respondí.

—No es posible.

—Sí, lo es, O'Bryan. Me pusieron una ametralladora Beretta en los riñones, y a mi cliente le dijeron que si ella como heredera, nos pagaba esos cincuenta y tres millones de dólares, el próximo funeral sería el suyo.

—¿Se ha atrevido a tanto?

—Alicia, díselo tú.

—Me asusté mucho, nos secuestraron, nos quitaron el coche. Pasé mucho miedo, todos iban armados.

—Le juro, señora Torino, que a ese hijo de mala madre de Stampanato no le vamos a perdonar lo que ha hecho

—¿Van a iniciar una guerra entre familias? —pregunté

—No sé a qué se refiere —replicó O'Bryan, poco dispuesto a dar explicaciones.

Alicia insistió:

—No quiero que me ataquen como hicieron anoche

—Si se queda en esa mansión, no le sucederá nada. Está bien guardada y protegida.

—No quiero vivir en una cárcel, por hermosa que sea.

—Yo cuidaré de ella —dije.

—¿Entra eso en sus atribuciones de asesor jurídico? —me preguntó con sorna el irlandés.

—En mis atribuciones entra todo lo que me parezca y la señora Torino consienta.

—Tenga cuidado, señora Torino. La madre de su difunto marido, bien asesorada, puede acudir a un juez para que se le niegue a usted la herencia por mantener compañía masculina en régimen digamos marital, aunque no haya pasado por ninguna iglesia o un juez de paz para oficializar esa unión.

—El testamento lo especifica bien claro, O'Bryan, perderá la herencia si se casa, no si mantiene relaciones amorosas con quien le apetezca —puntalicé.

—De todos modos, la suegra puede iniciar un proceso que podría prolongarse. No es bueno crear problemas.

—O'Bryan, ¿dónde está el dinero? —inquirí exigente, enfriando mi mirada. Mi tono de voz era duro.

—Es una locura pensar que podemos tener ese dinero en efectivo.

—Supongamos, O'Bryan —comencé a hablar delante de Alicia—, que existieran unos millones de dólares en efectivo que no constan en ninguna cuenta bancaria, unos millones que no aparecen reflejados en parte alguna y que pueden estar ocultos en una caja fuerte.

—¿Adonde quiere ir a parar?

—Pues, que si sólo usted sabe dónde están esos millones, abre la caja y se los lleva tranquilamente. Nadie se entera y usted se lleva la gran tajada de este pastel que es la herencia.

—Eso es un insulto a mi honorabilidad —protestó, casi alzándose sobre las puntas de sus zapatos.

—Me cuesta creer en la honorabilidad de alguien cuando se puede llevar un montón de millones de dólares. Usted podría seguir el juego durante un tiempo y desaparecer luego a vivir su vida de millonario.

—Señora Torino, será mejor que se libre de ese personajillo, pues de lo contrario puede haber problemas graves.

—Jeff mira por mis beneficios —comenzó a decir Alicia—. Además, yo tengo miedo a Stampanato. No olvide que ha dicho que me matará si no le pago esos millones que jura le debía mi marido.

—Stampanato es un bocazas y un matón —espetó con rabia O'Bryan.

—Sí, pero tiene un grupo de hombres armados dispuestos a repetir la noche de San Valentín.

—Debo decirle para su tranquilidad, señora Torino, que nosotros también disponemos de hombres armados que saben utilizar la metralleta y los explosivos. Stampanato amenaza, pero no se atreverá a abrir una guerra total contra la familia Torino, no lo hará porque podrían salir muy mal parados. Si quieren guerra la tendrán, ya lo creo que la tendrán.

—Habla usted como si fuera el capo de la familia Torino —comenté.

—Yo era el lugarteniente de Gregory Torino y los muchachos me obedecen ciegamente. Creo que será mejor dejar claro que la señora Torino tendrá el disfrute de la herencia, podrá vivir inmersa en todo el lujo que desee, pero yo manejaré los negocios y a los hombres. Es la única forma de salvar la herencia Torino e incluso ampliarla.

—Quiero mi talonario.

A las palabras de Alicia, añadí:

—Queremos también las llaves de la casa «Bianca» en California y las del yate.

O'Bryan se quedó tenso pero acabó asintiendo.

—De acuerdo. Si quieren vivir a lo grande, háganlo, pero yo llevaré los asuntos.

Estaba visto que no resultaría fácil mantener relaciones amistosas con O'Bryan.

Cuando salimos a buscar el coche, nos encontramos al teniente Sullivan de la policía y a otros personajes con aspecto de inspectores del gobierno.

—Felicidades, señora Torino, sabemos que es usted la heredera después de que su marido muriera de accidente o, por lo menos, así quedó sentenciado en el juzgado.

—Sí, pero todavía no sé qué es lo que he heredado —respondió Alicia con sencillez.

—Sea lo que sea —intervino uno de aquellos funcionarios—, el gobierno federal y el del Estado deberá percibir los impuestos correspondientes sobre la herencia.

—Es un buen momento para poner las manos en la masa, ¿verdad? —pregunté.

Todos aquellos funcionarios y policías sonrieron. Parecían felices. Al final iban a poder meter sus manos en las cuentas de Torino, pero yo estaba seguro de que O'Bryan había contado con ello y les iba a dejar sólo la hojarasca visible.

Seguramente, sacarían unos impuestos ridículos comparados con lo que pensaban llevarse para las arcas del gobierno. Todo lo que significara negocios sucios estaría ya bien oculto.

—Arrégleselas con el administrador O'Bryan y si queda algo, se lo dejan a la heredera señora Torino —dije, sarcástico.

Nos metimos en el Alfa Romeo y salimos con un fuerte ronquido de motor.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alicia.

—Lejos de aquí. Estoy seguro de que habrá fuegos de artificio.

—¿Crees que alguien usará las armas?

—Estoy seguro. El tomate parece cada vez más gordo y más rojo, va a reventar y nos salpicará a todos.

—¿De veras crees que existen esos millones de que habló Stampanato? Mientras hundía el pie en el acelerador, respondí:

—Sí, cada vez estoy más convencido de ello.

—¿Por qué?

—Muy sencillo, Alicia. Fíjate que en el testamento no se ha nombrado para nada a O'Bryan, a Benjam ni al resto de los matones de la familia y no me refiero a la familia de sangre, a los italianos, sino a los que llevan armas.

—Sí, cierto, no les ha dejado nada.

—Y, sin embargo, O'Bryan se veía contento y Benjam tampoco parecía molesto.

—Cierto —siguió admitiendo la muchacha.

—Pues, no es lógico —dije, pasando junto a los acantilados por los que despeñaron al capo Torino—. Si no están molestos, será porque de alguna manera van a conseguir su tajada del pastel. No podemos olvidar que tú presenciaste cómo ellos asesinaban a Torino. Si lo mataron y ahora no están molestos pese a que no reciben herencia, será porque tienen los millones ocultos en alguna parte.

—¿Y qué podemos hacer?

—Creo que nada. Si O'Bryan tiene los millones, no los soltará.

—¿Y si Stampanato amenaza con matarme?

—Le dices la verdad, que no tienes esos millones.

—¿Y si no se lo cree?

—Remítelo a O'Bryan; creo que se quieren tanto que van a besarse en su próximo encuentro.

Nos detuvimos en un parador, ambos teníamos sed. Nos sentamos ante una mesa discreta y allí, Alicia abrió su talonario de cheques. Extendió el primero de ellos, lo arrancó cuidadosamente y me lo entregó.

—Toma, en concepto de honorarios y gastos personales
Silbé de admiración.

—Veinte mil dólares, no puedo aceptarlo.

—Ya lo creo que sí. Por mí has tenido que comprar ese coche y vender el otro de mala manera, también pagaste mis vestidos y te estás jugando la vida para protegerme.

—Vamos a hacer una cosa, yo te extenderé el recibo correspondiente

por si te piden que demuestres estos gastos.

—Perfecto, pero si soy la dueña del dinero que está en este talonario, tengo derecho a gastarlo como quiera.

—Si un juez llega a demostrar algún día que no eres la mujer de Torino porque ha habido fraude, tendrás que devolverlo.

Preocupada ante esa posibilidad, inquirió:

—¿Es posible que eso ocurra?

—Sí —respondí sincero.

Se encogió de hombros.

—Pues, me da lo mismo. Si me amenazan con matarme, tengo derecho a gastar este dinero.

—¿Estás dispuesta a correr todos los riesgos que haga falta?

—Sí. Esto es como ir a tumba abierta, no sé si acabaré en la Morgue o en la cárcel, pero ya me da lo mismo. Una aventura semejante no volveré a vivirla jamás.

—Entonces, te propongo un trato, si es que confías en mí.

—Confío plenamente en ti. Te he mirado mucho a los ojos y sé que no vas a traicionarme.

—En ese caso, echaré gasolina al motor de este bólido, tenemos mucha carretera por delante.

CAPÍTULO VIII

Cuando regresé a la habitación del motel donde habíamos decidido pasar la noche para no caer en las garras de la fatiga, enemigo mortal de los viajeros de la carretera, vi a Alicia sentada sobre la cama y muy pálida. Inmediatamente, supe que había ocurrido algo desagradable.

—¿Qué ha pasado?

—Ha llamado.

—¿Quién?

—Stampanato.

Solté una imprecación soez que no logró enrojecer las suaves mejillas de Alicia que seguía mirándome interrogante.

—Esos bastardos son capaces de seguimos o encontrarnos aunque nos escondamos bajo las piedras.

—No podremos escapar de ellos.

—Tienen muchos contactos. Las «familias» se ayudan entre sí, alguien nos habrá controlado hasta averiguar que íbamos a pasar la noche aquí y se le ha ocurrido llamar. ¿Te ha dicho desde donde telefoneaba?

—No.

—Era de suponer.

—Ha estado muy amenazador.

—¿Quería saber sobre la herencia?

—Me temo que sabe más que nosotros.

Me senté sobre la cama, junto a ella.

—¿Qué te ha dicho en concreto?

—Que si no le pagamos los cincuenta y tres millones, cumplirá su amenaza.

—¿Puedo saber qué le has respondido?

—Que yo no sabía nada, que se han limitado a darme un talonario. Le he dicho que O'Bryan lo controla todo y me deja a mí al margen, que no ha querido hablar. Le he pedido que me dejara en paz.

—¿Se ha sentido satisfecho?

—No.

—¿Le has dicho algo más?

—Sí, le he dicho que yo no sé nada. Bueno, le he dicho que fue O'Bryan quien asesinó con sus matones a Gregory Torino.

—¿Le has contado eso?

—Sí, estaba muy nerviosa. Estoy harta de que me amenacen a mí cuando los asesinos son ellos. Sí, le he dicho que O'Bryan y Benjam asesinaron a Gregory Torino despeñándolo, pero que no puedo ni voy a probarlo. Que quiero que me dejen tranquila y que no sé nada de millones. Que tengo una mansión y que debo cuidar a mi supuesta suegra, eso es todo. Se lo he dicho gritando y después, he colgado.

—Bien hecho —aprobé. No tenía por qué ponerla más nerviosa de lo que ya estaba. Me dejé caer hacia atrás, tumbándome boca arriba sobre la cama—. O'Bryan lo va a pasar muy mal, no me gustaría estar en su pellejo.

—¿Crees que se matarán entre sí?

—No estaría mal del todo que así sucediera. Sería una vendetta a lo grande, un ajuste de cuentas según la policía y los periódicos sensacionalistas. Mientras se pelean entre ellos, nos pueden dejar tranquilos a nosotros.

Alicia quedó muy preocupada, pero como estaba agotada psíquicamente, no tardó en dormir profundamente. En cambio, yo fui presa de una especie de pertinaz insomnio que me obligó a consumir un cigarrillo tras otro.

Vigilaba el exterior del motel a través de la persiana.

Estaba seguro de que los mafiosos debían andar por afuera montando guardia, aunque no creía que nos atacasen. Tenía mi Smith and Wesson con cartuchos Magnum de gran potencia; no deseaba usarla pero sabía que aquellos tipos iban en serio.

Para ellos, la vida de alguien no significaba nada y del temor a morir del prójimo extraían jugo de oro que iba llenando sus arcas.

Al día siguiente, estuvimos unas pocas horas en la carretera hasta que llegamos a San Francisco. Conduje mi Alfa Romeo hasta el California State Bank. Tenía cuenta en aquel Banco e ingresé en ella el talón que me había dado Alicia. Luego, pedí una caja de seguridad. Firmé la documentación que me pidieron y no tuve ningún problema en que me la alquilaran porque ya era cliente de aquel Banco que extendía sus oficinas a todo lo largo del estado de California.

Mientras, Alicia fue hacia las ventanillas de caja. Mostrando su talonario y su documentación personal, preguntó:

—Quiero conocer mi estado de cuentas, quiero saber el dinero de que dispongo.

Un empleado la escrutó desde detrás de sus gafas muy limpias.

—Un momento, señorita.

Ella no le corrigió, aguardó y el empleado consultó con un superior y luego con el ordenador central. Al poco, regresó junto a Alicia con una amplia sonrisa.

—Dispone usted de quinientos mil dólares, es decir, de cuatrocientos ochenta mil, ya que ha habido un reintegro de veinte mil hace escasos minutos.

—Perfecto —aprobó ella cuando yo me acercaba.

—¿Cómo va eso, Alicia? —pregunté.

—Cuatrocientos ochenta —me dijo con desparpajo, delante del empleado.

—Entonces, saca cuatrocientos cincuenta —le dije con seguridad.

Creo que al empleado se le erizaron los cabellos.

—Ya lo ha oído, deme cuatrocientos cincuenta mil dólares y yo firmaré el talón correspondiente.

—¿Está pidiendo ese dinero en efectivo? —casi balbuceó incrédulo.

—Exactamente.

Me presenté.

—Soy el abogado Jeff Reeves, asesor jurídico de la señora Torino. Preparen ese dinero.

—Con esa cantidad, van a correr mucho riesgo —nos advirtió el empleado.

—Tendremos cuidado —dije, despectivo.

El empleado fue a consultar de nuevo con su superior. Este se acercó a nosotros receloso y nos hizo observar

—Es una cifra muy importante.

—La queremos en billetes grandes, nuevecitos, que abulten poco.

Después de contar muchos billetes, nos hicieron pasar a un despachito y nos prepararon un portafolios de plástico que quedó lleno de billetes.

—Pueden contarlos —nos dijeron.

—No hace falta —respondió Alicia.

Creo que aquellos empleados tenían la sensación de haber sido expoliados, parecía que nos dieran sus propios ahorros, porque hasta la sonrisa de cortesía a la que estaban obligados les salió torcida.

Con aquel portafolios repleto de dinero, pasé a las cajas de seguridad. Allí, en un compartimiento donde nadie podía verme, vacié todo el dinero, dentro de la caja metálica. Opté por coger tres billetes de a mil dólares y dejé el resto de aquel dinero encerrado allí, a mi nombre. Si O'Bryan quería hacerse con él, no iba a conseguirlo.

Salimos del Banco seguidos por las miradas rencorosas de sus empleados. Alicia me preguntó:

—¿Ha quedado a buen recaudo?

—Sí, tu dinero está bien guardado. Si todo sale bien, ése dinero ya no te lo podrá quitar nadie y es una cantidad muy respetable.

—¿Y si la justicia me obliga a devolverlo?

—Pues lo sacaremos de la caja de seguridad y lo devolveremos.

—Estoy muy preocupada, Jeff.

Ante aquella confesión, comprendí que tenía motivos sobrados para estarlo.

CAPÍTULO IX

La llevé a comer al Barrio de Pescadores donde conocí un lugar magnífico donde tomamos pescado fresco asado.

Pagué con uno de los billetes de a mil dólares, me miraron con recelo y se llevaron el billete. Al poco, el camarero regresó muy sonriente, entregándome el cambio.

Dejé como propina el diez por ciento de la cuenta y le entregué a Alicia los novecientos treinta dólares restantes para que llevara dinero suelto consigo para pagar sin problemas si se veía obligada a hacerlo, aunque sabía que era demasiado dinero. Si algún ladrón se daba cuenta de que lo llevaba encima, sería asaltada con toda seguridad.

—Ahora, iremos a ver la casa de veraneo, la «Bianca» —dije.

Alicia había cobrado una total confianza en mí y se dejaba llevar dócilmente.

Siguiendo las indicaciones que nos habían dado, no fue difícil encontrar la finca. Hubimos de cruzar el Golden Gate y tomar la estatal 101 hacia Muir Beach.

La casa estaba ubicada en una hermosa urbanización protegida por una doble alambrada oculta por una barrera de frondosas tuyas que evitaba la sensación de campo de concentración.

Tuvimos que pasar un control e identificarnos. Alicia Torino era la nueva propietaria de la casa y el vigilante de la entrada debía haber sido puesto en antecedentes, pues no puso objeciones.

El lugar parecía tan inmenso como bello. Abundaban los árboles seculares, grandes pinos rojos y espléndidos prados cuidados. Las casas apenas se veían entre los árboles.

La «Bianca» era una de las mejores, si no la mejor, la que estaba en primera línea de costa. El lado mar de la parcela de varios cientos de acres, terminaba en una especie de pared cortada casi a pico en estado natural, y al pie de aqueja pared (que tendría una altura de algo más de sesenta pies) comenzaba la playa.

La «Bianca» tenía una escalera que daba acceso a la playa. No muy lejos había un puerto deportivo donde anclaban las embarcaciones de los millonarios que allí tenían sus fincas de recreo.

—Qué hermosa es —opinó Alicia.

—Sí, de veras es hermosa —asentí.

La casa era de estilo colonial español y de una sola planta. Las paredes estaban muy blancas y las rejas en las ventanas eran un prodigio de la artesanía, posiblemente habían sido forjadas en México o importadas de la mismísima España.

Llegamos hasta la entrada y allí, frente a la puerta, encontramos una caja de madera. Era grande y en ella podían haber transportado un frigorífico doméstico.

—¿Qué será esto? —preguntó Alicia.

—Aquí dice «SEÑORA TORINO» —leí en la nota que habían pegado a la madera.

—Qué extraño. ¿Quién podía saber que yo iba a venir aquí?

Seguí observando la caja y respondí:

—Hoy, no, pero no olvides que ya hace días que eres la señora Torino. Puede ser algo comprado por el propio Gregory Torino.

—¿Qué habrá dentro?

—Luego lo veremos. Pasemos primero a la casa, si te parece.

Alicia introdujo la sofisticada llave en la cerradura y se debieron desbloquear todos los sistemas de alarma.

Nada más cruzar el umbral, comenzó a sonar un hilo musical muy agradable y tranquilizador. La casa era magnífica lujosa, en ella no parecía faltar de nada.

—Ese Torino vivía bien —opiné.

Abrimos unas ventanas del salón y el sol entró a raudales. Vimos el océano frente a nosotros, sin obstáculos. Las olas eran bravas, con crestas espumeantes, y las gaviotas volaban altas para luego dejarse caer hacia el agua en busca de peces

—Es un lugar maravilloso. ¿Cómo lo habrá pagado?

—Extorsión, fraude en las finanzas, venta clandestina de armas, compra de materias primas a bajo precio tras conocer disposiciones del gobierno mediante sobornos... Hay muchas maneras de conseguir dinero cuando ya se tiene y además se es un canalla y se practica la coacción, el soborno. Saben de antemano que unos valores van a bajar en bolsa y entonces venden, o compran si la operación es a la inversa. Aquella magnífica casa tenía muchas habitaciones.

Volví a tener la sensación de que algo o alguien nos vigilaba; quizás fuera algún ojo electrónico oculto. Por si acaso, llevaba la pistola conmigo.

—¿Qué piensas, Jeff?

—Que es una casa estupenda.

—Cierto, pero no la siento como mía.

—Pues, según la herencia, te pertenece.

—A pesar de todo, no la siento mía. No sé, es muy hermosa, pero hay algo que me obliga a rechazarla.

—¿Y la otra mansión?

—Tampoco, jamás me sentiría bien en aquella casa. Además, yo no fui la esposa de Torino.

—Si ahora eres viuda, no hay problema alguno, puedes volver a casarte si lo deseas. Yo me casaría contigo, pero...

Se me acercó. Pegó su cuerpo contra el mío, sentí sus pechos en mi abdomen. Alzó aquellos maravillosos ojos que tenía y preguntó:

—¿Pero qué?

—Pues, que si te casas, pierdes la herencia.

Me metí en la cocina y allí encontré una pequeña hacha carnicera. Armado con ella, me dirigí a la puerta.

—¿Adónde vas?

—A ver tú regalo.

Alicia fue tras de mí. La caja estaba tendida, tendría unos seis pies de largo por tres de lado en su base cuadrada. Alcé la tapa tras desclavarla y me enfrenté a una gran capa de paja que ante la mirada expectante de Alicia fui apartando.

Dentro de aquella paja había una enorme bolsa de plástico transparente y a través de ella no tardé en ver una cabeza, un rostro que reconocí en el acto.

—El bulldog irlandés —gruñí.

Asustada, Alicia lanzó un pequeño grito.

No era un espectáculo agradable contemplar el cadáver de O'Bryan. Tenía un oscuro y siniestro orificio entre las cejas y era posible que lo hubieran torturado antes.

—Parece que ha llegado antes que nosotros.

—¡Jeff, vámonos!

—Espera, tranquilízate —le pedí, cogiéndola por los hombros mientras se me abrazaba.

—¡Lo han asesinado, lo han asesinado!

—Sí, eso parece, y nos lo han enviado por correo aéreo, pues de lo contrario no se entiende que haya llegado antes que nosotros. Está claro que el que te ha mandado este regalo sabía que terminaríamos viniendo a este lugar.

—¿Stampanato?

—Es de suponer.

—¡Ahora me matará a mí!

—Si buscaba millones, O'Bryan sabría dónde están. Es posible que Stampanato ya tenga esos millones en su poder y nos deje tranquilos.

—Entonces, ¿por qué me ha enviado el cadáver?

Alicia estaba muy asustada y a la vista del cadáver, le sobraban motivos para estarlo. Nos habíamos metido en una guerra entre familias mafiosas, teníamos muchas posibilidades de salir mal parados.

—Si tú eres capaz de rechazar esta fortuna que tienes al alcance de las manos, podremos liberarnos de que nos maten. Tú y yo sólo somos unos palomitos frente a águilas, halcones y buitres.

—Jeff, he vivido como alucinada ante tanto lujo, pero no lo quiero, lo rechazo. Sácame de aquí, llévame lejos.

—En ese caso, nos casamos y oficialmente perderás la herencia. No tendrás que dar explicaciones a nadie y que Stampanato le pida los millones a la madre del muerto.

—¿De veras quieres casarte conmigo, Jeff?

—Sí. Si nos marchamos ahora mismo y enviamos una fotocopia de nuestro certificado de boda al juez para que él otorgue la herencia a la madre, se acabaron los problemas.

—¿Crees que Stampanato se olvidará de nosotros o nos meterá también en una caja como ésa?

—Espero que sí. O'Bryan asesinó a Gregory Torino, quiso quedarse con los millones. Ahora, Stampanato debe haberle asesinado tras torturarlo y no sabemos si O'Bryan habrá cantado o no. De todos modos, esto no es como buscar a un asesino. Aquí se trata de una guerra entre familias. Casándonos, saldremos de la cancha donde se juega a matar.

—Pues vámonos, Jeff. Envíale las llaves de esta casa al juez y también las del yate. Yo no quiero continuar con este juego.

Volví a abrazarla Sólo teníamos que regresar al coche y salir a gran velocidad; pasar por un centro médico para que nos hicieran unos análisis de sangre y presentarnos con ellos ante un juez de paz, pero... Un coche a gran velocidad, haciendo chirriar sus ruedas, venía directo hacia nosotros.

—Rápido, ponte detrás de la caja del muerto —le pedí a Alicia mientras yo empuñaba la pistola.

Con un escalofriante frenazo, aquel coche de gran potencia se detuvo casi chocando con mi Alfa Romeo. Se abrió la puerta y apareció...

—¡Benjam!

El rubio Benjam salió del coche tambaleándose. Llevaba un enorme pistolón, debía ser una GP-35 FN con trece cartuchos de 9 mm Parabellum dentro de la culata.

Yo le apunté con mi Smith and Wesson. Si quería ensalada de tiros, la tendría pero Benjam dobló una rodilla y apuntó con la pistola al suelo. No tardé en darme cuenta de que estaba herido.

Me guardé la pistola en el bolsillo y fui a ayudarle. Benjam se dejó coger por el brazo, mas no soltó su pistolón. Su mirada parecía enajenada.

Tenía la pernera del pantalón manchada de sangre, debía tener el balazo en la cadera.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—Stampanato, maldita sea, nos cogió en una trampa. Se llevaron a O'Bryan, yo pude escapar.

—O'Bryan ya no está con ellos.

—¿Ha podido escapar también? —preguntó, sorprendido. Debía parecerle increíble que alguien pudiera escapar de las garras de Vittorio Stampanato, el hombre de los ricitos canosos.

—Está ahí dentro —señalé la caja—. Deben haberlo traído en helicóptero, porque ha sido el primero en llegar.

—Si han dejado el cadáver de O'Bryan aquí, estamos perdidos, porque está cadáver, ¿verdad?

Benjam removi6 la paja, excitado. Descubri6 la cabeza de O'Bryan dentro de la gran bolsa de pl6stico, suspir6, se irgui6 y entonces...

—¡Agg, agg!

Tras aquel grito de dolor y muerte, Benjam cay6 cruzado sobre la caja que ya contenía un cadáver. Descubrí dos orificios en su espalda.

—¡Adentro de la casa, adentro, corre! —grité a Alicia.

Los dos corrimos a refugiarnos al interior de la lujosa casa. Oculto entre los 6rboles, había alguien armado con un rifle con mira telesc6pica y silenciador incorporados.

—Stampanato est6 ahí afuera, ¿verdad? ¡Est6 ahí afuera! —chill6 Alicia, estall6ndole los nervios despu6s de tanta tensi6n, sobrecargada con el 6ltimo asesinato.

—Vamos a llamar a la policía, ser6 lo m6s sensato —decidí.

Descolgu6 el tel6fono, un tel6fono blanco, hermoso.

—No hay lnea, la han debido cortar —gruñí.

—¿Qu6 hacemos ahora?

—No lo s6, encanto —confes6 con sinceridad.

Me dije que ya s6lo nos quedaba un aliado para librarnos de la vendetta de Vittorio Stampanato, y ese aliado era la noche.

CAPÍTULO X

Me moví como un vendaval cerrando ventanas. No quería que me llenasen el cuerpo de balas por la espalda como le había sucedido a Benjam. No es que pensara que Benjam hubiera sido un santo y que no mereciera aquel final. Era un fullero, un matón, un asesino mafioso, un tipo sin escrúpulos que había encontrado la muerte que se había buscado, pero no estaba seguro de que Vittorio Stampanato hiciera distinguos entre quien se merecía una rociada de balas y quién no. Ellos iban a por los millones que el tal Gregory Torino les había birlado.

—Nos matarán —aseguró Alicia, asustada. No sabía en qué dirección mirar.

Yo tenía la Smith and Wesson con los cartuchos Magnum de alta potencia, una pistola que una mujer normal no podría disparar con facilidad por el efecto brutal de su retroceso y el estampido del cartucho, capaz de reventar unos tímpanos delicados.

Afuera, junto a la caja que contenía el cadáver del bulldog irlandés, estaba caído el pistolón GP-35 que trajera consigo Benjam. Este había quedado cruzado sobre la caja, dejando gotear su sangre sobre la gran bolsa de plástico que encerraba el cadáver de su compañero de fechorías.

—Todavía no lo ha conseguido. La casa es grande y si la ha construido un capo de la organización del crimen como era Gregory Torino, seguro que tiene alguna salida secreta para emergencias como ésta.

—¿Estás seguro de que hay una salida secreta?

Quise darle ánimos, que su moral no menguara. Aún estábamos vivos y, después de todo, no se oían disparos. No estaban acribillando las ventanas como si se tratara de un ataque en toda regla de los marines. Todo parecía ahora muy tranquilo, casi idílico, como si una pareja de enamorados cerrara ventanas para aislarse del mundo exterior y gozar del amor sobre una mullida cama.

—Creo que esa salida de emergencia existe, lo difícil será encontrarla. Torino debió prever que en alguna ocasión se vería rodeado por los sicarios de otra de las familias, siempre hay vendettas, y también, claro está, por la policía.

—¿Crees que encontraremos esa salida antes de que Stampanato entre aquí? Me da verdadero pánico que me torturen, y tampoco podría decirles nada sobre esos millones que buscan porque no sé nada, nada y aunque grite de dolor, no me creerían y seguirían torturándome. Jeff, antes de que me capturen viva, pégame un tiro.

—¿Qué?

—Sí, que me pegues un tiro. No quiero caer viva en sus manos, no lo resistiría bien, prefiero estar muerta.

Alicia se derrumbaba por momentos, el pánico podía con ella.

Estábamos solos, encerrados en una casa frente a la costa, aislados del mundo, sin teléfono, demasiado lejos de las otras casas, con barreras de árboles para que unos disparos pudieran atraer la atención de la policía, y afuera estaba Stampanato. No le habíamos visto la cara, pero ambos sabíamos que estaba afuera, con varios de sus hombres armados. ¿Qué podíamos hacer para salvar su vida?

Me pregunté si actuarían los sistemas de alarma, pero si habían cortado el teléfono, era casi seguro que la alarma tampoco funcionaba. De todos modos, pensé en buscar el medio para que se pudiera disparar la alarma, cuanto más ululante mejor.

—Busquemos la posible salida de emergencia, tú por un lado y yo por otro. Si sucede algo malo, grita. —Le mostré la pistola—. Si hay tiros, yo también participaré en el baile, tengo este instrumento para tocar.

Los maravillosos ojos de Alicia me dieron la impresión de que confiaba en mí, y eso me tranquilizó. Nos separamos. Ella se dirigió hacia la cocina y yo me dediqué a recorrer las habitaciones, pero no tardé en dar un salto ante el grito que lanzó Alicia que ya estaba lejos de mí.

Deshice el camino andado y corrí llevando por delante la Smith and Wesson, dispuesto a ensordecer la casa con el ruido de aquellos cartuchos Magnum especiales de alta potencia.

Gracias a la luz del corredor, vi las piernas de Alicia medio encogidas. Estaba sobre el enlosado. Me pregunté si le habrían disparado a través de una ventana de la cocina y me maldije a mí mismo por haberla dejado sola.

Cuando, con la respiración contenida, me situé junto al cuerpo caído, la vi con los ojos cerrados. Al inclinarme sobre su rostro, escuché una voz grave, desagradable a mis oídos.

—Si te mueves, te frío a balazos.

Al volver la cabeza, lo primero que vi frente a mí fue un subfusil Uzi. Aquel arma repleta de cartuchos de 9 mm Parabellum tenía un aspecto que, por lo menos a mí, me pareció tan oscuro como espeluznante. Era un arma terrible, capaz de disparar seiscientos proyectiles por minuto. La utilizaban las tropas israelíes y cuando los judíos adoptan algo, hay que pensar que eso funciona.

Por un instante, a la velocidad del relámpago, me pregunté qué quedaría de mí si el dedo apretaba el gatillo y lo sostenía apenas tres segundos... Seguro que llegaría ante los cuernos de Satanás totalmente irreconocible.

Cuando elevé la mirada por encima de la terrible arma, comprendí el por qué del grito y el desmayo de Alicia.

—Gregory Torino.

Por encima del alza y el punto de mira del subfusil ametrallador, el capo Torino se rió lenta y sarcásticamente.

—Sorpresa, ¿verdad?

—Pues sí —admití—. Le vi dentro del ataúd, asistí a su entierro...

—Suelta el arma, cabrón —me ordenó de malos modos.

Me dije que, como todavía no estaba casado, el insulto me resbalaba. En cuanto a mi pistola Smith and Wesson, lo mejor era soltarla y así lo hice, quedando junto al cuerpo inconsciente de la muchacha. Me fui incorporando lentamente sin que Gregory Torino me quitara el cañón del arma de delante.

—Entonces, ¿quién era el enterrado, su hermano gemelo?

—No tengo hermanos gemelos.

—Pero, alguien sería —insistí, pensando que tampoco tenía prisa en llenar mi cuerpo de balas del nueve Parabellum. Como Schehrezade, de Las mil y una noches, mientras hablara alargaría mi tiempo de vida.

—Aquel tipo era un loco.

—¿Loco? —repetí, como si yo fuera un niño sorprendido por una noticia inesperada.

—Sí, estaba recluido en un manicomio y se parecía bastante a mí. Cuando me lo contó O'Bryan, no acabé de creérmelo y fui a visitarle personalmente. Era un esquizofrénico y, efectivamente, se parecía a mí. Le envié a un cirujano plástico para que acabara de limar las diferencias, tuve que sobornar al director del manicomio con medio millón de dólares y menos mal que ese esquizofrénico no tenía parientes, de modo que le hicimos crecer el bigote hasta que se pareció totalmente a mí. Se le hicieron radiografías de todos los huesos y especialmente de la dentadura y metimos esas radiografías en el fichero de mi dentista.

—¿Y las huellas digitales? —pregunté—. No serían iguales a las tuyas, ¿verdad?

—No, no eran las mismas, pero yo no estaba fichado por la policía. Le pusimos encima una documentación falsa con sus propias huellas. Tengo amigos en muchos sitios y doscientos mil dólares me ha costado cambiar las huellas dactilares de algunos archivos. A todos los efectos, él podía pasar perfectamente por mí.

—¿Y por qué pagar tanto dinero?

—Tenía que desaparecer o entre Vittorio Stampanato y su familia, el FBI, la CIA y la policía estatal, me hubieran liquidado. Estaba acorralado. Últimamente, los negocios no me habían ido bien. Valores y acciones que tenía en algunos países que les ha dado por volverse democráticos se han convertido en papel mojado. Por lo visto, cometí el error de vender armas como ésta —movió significativamente el subfusil Uzi—, a terroristas que no gozaban de las bendiciones de los que están por encima de mí y pasé a las listas negras de la CIA, del FBI y de otras policías del mundo. Gané dinero, cierto, mucho dinero, es

lo único que me queda y no era cuestión de dárselo todo al tiburón de Stampanato. Si él me quitaba los millones que exige, me quedaba con el culo al aire y no quería empezar de nuevo mi carrera vendiendo droga por la calle, como un camello cualquiera.

—Entonces, decidió desaparecer con todos los honores.

—Exacto. Lo había planeado desde hacía tiempo. Preparé mi cadáver con cuidado y dio el «pego». Todos se creyeron que el muerto era yo, hasta mi madre tragó.

Alicia comenzó a moverse lentamente, recuperaba el sentido. El desmayo no se debía a un golpe o herida, aunque era probable que se hubiera golpeado la cabeza contra el suelo en la caída; se trataba de un desmayo causado por la sorpresa.

—Y ella, ¿qué papel tiene en toda esta historia?

—Si yo desaparecía, necesitaba una heredera a la que poder controlar debidamente. Mi madre es demasiado emotiva, me quiere mucho pero habla en exceso. Además, aquí no se desenvuelve bien y es muy mayor. Hacía falta una mujer hermosa que no tuviera familia y a la que yo pudiera manejar.

Alicia se sentó en el suelo y nos miró a los dos sin comprender. Sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa.

—No es posible, estaba muerto —musitó.

—No temas, Alicia, él no murió; el muerto fue otro que se le parecía. Torino está vivo y tú no eres su viuda, todo ha sido un montaje. Quería utilizarte como heredera para controlar sus bienes desde el supuesto otro mundo, así no perdería sus casas ni su yate, podría viajar y buscar mientras otra personalidad distinta.

—No entiendo nada —confesó Alicia, todavía aturdida por la sorpresa.

—Hubiera sido fácil manejar a Alicia después de tenerla unas semanas aquí, con un tratamiento adecuado —dijo Gregory Torino que seguía apuntándose con su subfusil.

—¡Torino, Torino! —gritó una voz desde el exterior—, ¡Sal con los brazos en alto, sabemos que estás ahí dentro!

—¡Maldita sea! —rugió Gregory Torino—, Ese es el cabrón de Stampanato...

CAPÍTULO XI

Yo no sabía si aquella situación se complicaba más o bien se iba clarificando.

No estaba seguro de si nuestras posibilidades de vida acababan de reducirse o, por contra, nos quedaba alguna más. Miré a Torino; su ametrallador Uzi ya no me apuntaba a mí, sino que se movía en arco, como buscando a un enemigo al que no veíamos.

—Stampanato sabe que está aquí —dije.

—Seguro que han torturado a O'Bryan hasta que ha hablado. He estado escondido en la casa, vigilando. He visto llegar al helicóptero que ha dejado la caja y he supuesto que dentro había un cadáver. Es muy propio de Stampanato hacer esta clase de regalos.

—Podía haberlo avisado antes —dije, pensando que acababa de soltar una estupidez.

—Cuando vosotros abristeis la caja, supuse que dentro estaba O'Bryan y entonces temí que hubiera hablado. Es difícil engañar a Stampanato. El irlandés era muy listo, muy astuto, pero yo sabía que resistía mal el dolor. El muy imbécil tenía que irse de la lengua y total, ¿para qué? Le han matado lo mismo.

Se escucharon unos fuertes golpes contra la puerta, y no es que hubieran llamado con los nudillos. No menos de media docena de agujeritos aparecieron en la hoja de madera, blindada con una plancha de acero no superior al milímetro.

Estaban llamando a balazos, y pensé que debía decirle a Gregory Torino:

—Será mejor que se entregue o va a morir por segunda vez.

—Muy gracioso —respondió, torciendo el gesto.

Apuntando hacia la puerta, apretó el gatillo de su ametrallador que retembló en su mano mientras los fogonazos parecían una llama constante.

—¡Agg!

El grito de dolor y muerte sonó al otro lado de la puerta, una puerta que comenzaba a estar muy perforada y que a mí me parecía que de blindada ya tenía poco.

Uno de los hombres de Stampanato debía haberse acercado demasiado.

—No me cogerán...

Se metió en el office de la cocina. Alicia, todavía desconcertada, me tendió la Smith and Wesson que había recogido del suelo.

—Gracias.

—¿Qué hacemos, Jeff?

—Salir de aquí.

—¿Por dónde?

—Sigamos a Torino, él tendrá su galería de fugas.

Moviendo algún resorte oculto, Gregory Torino hizo desplazarse una estantería pegada a la pared del office. Cayeron varios botes y paquetes al suelo. Torino se metió por el hueco que daba a una escalera descendente.

Le seguimos; la estantería volvió a cerrarse, pero uno de los paquetes caídos impidió que se cerrara del todo. Yo dudé, pero opté por seguir a Alicia que a su vez seguía a Torino.

Descendimos una veintena de escalones metálicos hasta llegar a una especie de gruta amplia, una sala ancha que daba al exterior por un gran hueco que estaba completamente cubierto por un sólido y grueso enrejado que impedía el paso de cualquier intruso que pudiera llegar desde la playa.

En aquella sala, posiblemente aprovechada en su estado natural, había un gran tanque de gas propano, posiblemente para utilización doméstica, que debía contener unas veinte toneladas de gas licuado. Las tuberías subían y penetraban en el techo. Era un buen sitio para tener aquel tanque que, instalado en el exterior, afearía la casa, mientras que allí y con suficiente aireación, no corría ningún riesgo, pues si había fugas no podían ser peligrosas.

Torino, que no nos consideraba enemigos peligrosos, se volvió para decimos:

—No me cogerán, tengo un refugio atómico.

—¿Y a nosotros? —preguntó Alicia, preocupada por la suerte que podíamos correr.

—Vosotros os marcharéis por ahí. —Señaló una estrecha galería que al final daba a una puerta.

—Comprendo —dije—. Si nos persiguen a nosotros, se olvidarán de usted.

—Muy bien, eres bastante listo, así es que os largáis.

—¿Siempre ha utilizado a los demás para salirse con la suya? —le pregunté con cierto asco, no exento de ingenuidad.

—Cada cual tiene su sistema.

Se me ocurrió una idea. Era algo rápido, tenía que ponerla en práctica sin darle tiempo a pensar.

—Le dije a Stampanato que si le ayudaba a cobrar los cincuenta y tres millones, él me entregaría el diez por ciento.

—¿Estás loco? —Gregory Torino se rió de mí descaradamente.

Alicia me miró preocupada. Era como si ambos pensarán que, efectivamente, había perdido la razón. ¿Cómo podía pretender ganar cinco millones trescientos mil dólares en aquellos momentos, cuando lo difícil era que salvase la vida?

—Deme medio millón y me largo con Alicia. Nos los llevamos tras nosotros y no le atraparán a usted. Si nos jugamos el pellejo, ha de ser

a cambio de algo.

Torino me miró boquiabierto, como si yo acabara de soltar la perogrullada de que cuatro era el resultado de sumar dos y dos.

—¿Medio millón?

—Sí, no es mucho, medio millón y nos largamos mientras usted se esconde en su refugio atómico.

Volvieron a oírse disparos; era el tablero de una ametralladora Beretta.

—Están entrando en la casa —apremié—, nos queda poco tiempo.

—No llegarán hasta aquí —rebatí Torino—; no encontrarán el camino.

—Se equivoca. Arriba la estantería no se ha podido cerrar bien por los paquetes que han caído, encontrarán este refugio en seguida.

A Torino se le heló la sonrisa en la boca. Yo tenía la Smith and Wesson en la mano, mas era incapaz de dispararle. Después de todo, ¿qué conseguiría? Si Stampanato llegaba hasta allí, encontrara o no el dinero, Alicia y yo podíamos darnos por muertos. Pensé que era mucho mejor quedarnos juntos y vivos en este mundo que salir volando hacia el otro.

—Está bien —aceptó al final Torino.

Cada segundo que pasaba se hacía interminable. Se escucharon nuevos disparos; arriba se aseguraban de no encontrar resistencia al entrar en la casa.

Yo estaba seguro de que Alicia, con tal de escapar, se hubiera filtrado a través de las rejas para saltar a la playa, aunque había un considerable desnivel y pese a que el suelo era arenoso, la caída podía resultar muy dolorosa.

El capo Torino se acercó a un extremo del tanque de gas propano. Manipuló en unas tuercas y abrió una compuerta que debía utilizarse para entrar en el tanque y efectuar reparaciones; pero no, allí había un compartimiento secreto que estaba repleto de billetes. Aquella era la caja fuerte de Torino, una caja altamente secreta que nosotros acabábamos de conocer debido a lo crítico de la situación que estábamos viviendo.

Tomó un mazo de billetes y me lo arrojó.

—Toma, ahí va medio millón. ¡Rápido, largaos!

Mientras yo tomaba el dinero y él comenzaba a cerrar de nuevo el tanque. Alicia me preguntó:

—¿Crees que ese dinero nos va a servir para algo?

—Quizás para pagar a otro abogado que no sea yo por si nos empaquetan, ya no sé por qué delitos. Esto se pone feo, Alicia, larguémonos. Que los ajustes de cuentas se resuelvan entre ellos.

Gregory Torino se puso nervioso y un par de tuercas se le cayeron rodando, lo que le entretuvo.

Cogí a Alicia de la mano y llegamos hasta la puerta de acero. Quité los cerrojos que había sin llave y la abrí. La ajusté detrás de mí y nos enfrentamos a una escalera cincelada en la roca viva que descendía hasta la arena.

Casi al final y debido a la oscuridad reinante, Alicia se cayó de rodillas, jadeante.

—¡Vamos, vamos, hay que escapar! —le apremié.

La tomé por un brazo, obligándola a reincorporarse, y comenzamos a correr por la arena. No lejos, las olas rompían airadamente; aquella noche, hasta el océano parecía enfurecido.

Desde lo alto de la casa, hicieron disparos contra nosotros.

Me volví y disparé dos veces la Smith and Wesson.

Ante aquellas brutales detonaciones, Alicia gritó asustada. Oí la rotura de cristales y exclamé:

—¡Al fin he disparado con este trasto que compré!

El tipo que estaba arriba no volvió a disparar contra nosotros y yo, quizás suicidamente, opté por arrojar la pistola al océano embravecido donde desapareció como si hubiera lanzado una salchicha de Frankfurt a las fauces de un lobo.

Se escuchó el tableteo de ametralladoras. Debían estar enfrentándose los capos mafiosos de distintas familias en su ajuste de cuentas, lo cierto era que se atacaban furiosamente.

Seguimos corriendo cuando se produjo la gran explosión.

El fuego de metrallera debió dar de lleno en el tanque de propano con veinte toneladas. La llamarada escapó por el hueco natural de la pared rocosa mientras la reja salía volando y se hundía en el océano.

La casa semejó levantarse de sus cimientos y luego se hizo pedazos, hundiéndose en gran parte. La noche se llenó de fuego.

Alicia y yo nos tiramos sobre la arena y notamos la ola de calor. El fuego se expandió por parte de la playa y hacia lo alto, fue algo horrible. Por unos momentos, la noche se hizo día, y de no haber salido la gran llamarada por el boquete como si fuera una gran boca de cañón, el gas explosionado y deflagrado se hubiera expandido en todas direcciones y Alicia y yo nos habríamos asado instantáneamente.

—¡Jeff, Jeff, tengo miedo! —gritó la joven desesperada.

Miré el fajo de billetes que sostenía en mi mano y me dije:

—Si se ha quemado todo el dinero, millones de dólares, que se queme éste también.

Lancé el paquete adonde había fuego y éste prendió en los billetes.

Cogí a Alicia y seguimos corriendo. Estábamos vivos y eso era lo importante. Lo difícil sería encontrar los millones quemados, incluso a Torino que no debía haber tenido tiempo de esconderse en su refugio atómico.

El juez Evans, bajo cuya autoridad se había leído y repartido la herencia, nos miró muy ceñudo.

Alicia le entregó nuestra licencia de matrimonio y junto a ella dejó el talonario de cheques del que sólo había gastado dos.

—¿Dónde han estado?

—En Las Vegas, allí nos casamos —respondí—. Ella prefiere ser mi esposa a ser la viuda heredera de la fortuna Torino.

—¿Fortuna Torino? —El juez rió levemente—. Cuando los inspectores de Hacienda han entrado a fondo en los papeles de Gregory Torino, han encontrado muchas falsedades, deudas impagadas, fraude fiscal, etcétera, etcétera. Torino se marchó al otro mundo dejando sus asuntos muy mal. La mansión ya ha sido embargada para cobrarse los impuestos impagados.

—¿Será suficiente? —preguntó Alicia.

—Sí.

—Pues lo que reste, se lo entregan a la madre de Torino. Yo prefiero ser la señora Reeves que la viuda Torino.

—Ah, el yate también ha sido embargado y de la finca de recreo, apenas queda nada. Estuvieron allí unos delincuentes, por lo visto hicieron estallar un tanque de gas y murieron ellos también en el accidente.

—¿Quedó algo aprovechable? —pregunté.

—Nada, todo quedó destrozado y carbonizado. Tenemos la intuición de que varios cadáveres desaparecieron en la explosión, nada más.

—Se trataba de una herencia maldita —dijo Alicia—; la rechazo. La verdad es que fui la esposa de Torino por pocos días, no tuve tiempo de amarle.

Dejamos al juez más tranquilo, aunque silbó de admiración al ver lo que había sacado de la cuenta que se había puesto en manos de Alicia, aquel dinero que permanecía guardado en una caja de seguridad, a nuestra disposición. Algo teníamos que sacar en limpio después de correr tantos riesgos, ¿no?

* * *

Amigo lector, si en alguna ocasión te encuentras ante unos ojos maravillosos como los de Alicia, ándate con pies de plomo. Yo he tenido una suerte excepcional, aunque haya sido sólo por una vez en mi vida.

Aprieto el acelerador, el coche va rápido y Alicia, a mi lado, pasea sus dedos por mi muslo. Tengo prisa por llegar a nuestro apartamento o cuando menos, a un motel. Noto que la temperatura me va subiendo, subiendo. ¡Guay!, exclamo. La miro mientras sudo, a punto de estallar. Ella me mira a su vez y se ríe, sabe muy bien lo que hace y lo que me está pasando.

¡Adiós, no tengo tiempo de contarte nada más!

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI